

Tierras del Norte - La batalla del fuego

Gian Galeano



Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1: La historia del fuego.

Hubo un tiempo en que reinaba la paz. Los pueblos vivían entre sí sin corromperse.

Elfos, Hombres, Magos y Centauros vivían en armonía sobre la verde y aún floreciente tierra. No había maldad o diferencia conocida entre las razas. Los Elfos proveían la sabiduría y la armonía, los Hombres cultivaban la tierra y todo aquello bueno que la cubría, los Centauros recorrían las grandes praderas vigilando y manteniendo el orden.

Y los Hasirim, la orden de los Magos, se encargaba de que cada raza cumpliera con su deber, regañando y enseñando con dulce sabiduría. En el mundo reinaba la paz.

Pero la paz es frágil, y dura poco.

Todo comenzó en el solsticio de verano. Una gran llamarada se encendió en la cima del Gran Volcán, y la sombra de trece bestias aladas empezó a navegar por la tierra.

Minas Khali fue la primera en caer. La fuerza de los Hombres no fue suficiente para resistir el poder de aquellas criaturas. Itinga fue el siguiente objetivo. La Zona Este había caído casi por completo. Surya no podía menguar también. Sólo la unión de las razas sería capaz de evitar la masacre. La máxima unión entre Elfos, Magos, Hombres y Centauros avanzó a través de las grandes Colinas del Norte. La unión era segura, la victoria inminente.

Pero los Hasirim, aquellos en quienes residían las mayores esperanzas de victoria, los abandonaron a su suerte. Feugo, el señor de los trece Dragones, había logrado corromper las mentes de aquellos quienes se consideraban más sabios. Sólo Hanish, el Mediano de los Hasirim logró resistirlo y aún luchaba lado a lado con La Unión. Los arqueros Elfos, los seres con mayor puntería en todas las Tierras del Norte, fueron los primeros en atacar. La lucha fue cruel y larga, esos reptiles alados arrasaban de a docenas a las fuerzas terrestres. Pero el ejército de La Unión era demasiado numeroso, y uno a uno fueron cayendo desde lo alto de los cielos o del ras de la tierra. Cuando doce de los trece habían sido derribados, unas sombras se presentaron en el horizonte. Los Hasirim habían vuelto, y junto a ellos marchaba Feugo, el único Dragón que quedaba depie. Utilizando magia negra extrajeron la fuerza vital de aquellos que habían caído en la batalla. Hombres, Dragones, Elfos y Centauros prestaban su poder a los hechiceros sin poder oponer resistencia alguna. Un enorme humo negro empezó a condensarse en los

aires, tomando forma a medida que la fuerza de los caídos le era otorgada.

Una duda y temor invadieron las mentes de aquellos que aun se erguían de pie en el campo de batalla. Un enorme chillido, similar a de un ave al que le acaban de dar muerte, se hizo sentir de manera estrepitosa por esos valles. Las fuerzas de La Unión se replegaron sin destino.

No había petición ni orden que valiera. Cada miembro de aquella resistencia corría ahora sin un rumbo claro. De momento todos se detuvieron. El tiempo se frenó, el cielo se oscureció. Ahora la forma en el cielo empezaba a tomar apariencia de ave. Y brillaba, comenzaba a relucir desde lo alto. Dio una fuerte sacudida y ahí lo vieron. Una bestia similar a un dragón, de sesenta metros de largo cubría llameante las alturas. Era otro Dragón, un Dragón de fuego. ARDHOR! se oyó estrepitosamente.

Tan rápido como una estrella que baja del cielo, aquella criatura alada se precipitó contra las fuerzas de La Unión. Una sola explosión de fuego de su boca llegaba a cubrir hasta más allá del horizonte. Pero esta bestia no distinguía dueño. Sin importarle orden ni mandamiento, se abalanzó de repente contra los Hasirim y Feugo. Cuando estaba a punto de dar el golpe de gracia, una voz se oyó a la distancia: HANA-SHU! NO-TRI KALAM! El eco de Hanish retumbó por todos los puntos cardinales. La bestia detuvo su marcha, dio media vuelta y lo miró fijamente, invitándolo al desafío. Pero Hanish mantuvo la calma. Elevó su vara a los cielos y desde allí conjuró: KALAM! SHU KALAM! La bestia cayó al suelo. Una gran grieta se abrió de improviso a sus pies llameantes, y el ave cayó, azotando un grito que pareció repercutir en toda la tierra. El resto de La Unión que aun no se había disuelto cargo contra Feugo y los Hasirim. Feugo fue derrotado, y los Magos capturados. Sus bastones le fueron arrebatados y sus Ibastias, aquellos medallones en los que residían gran parte de sus poderes fueron destruidos. Los apresaron y posteriormente los desterraron hacia el sur, hacia las Nieves Eternas. Los cuerpos de las bestias fueron embalsamados y puesto alrededor la zona de batalla, en las Colinas Del Norte, rodeando así la Zona de Guerra, donde se decidió enterrar a aquellos que habían caído en la batalla. Feugo encabezaba la entrada de aquel cementerio en la ciudad de los Elfos. Minas Khali fue reconstruida, ahora bajo el nombre de Aranciris. Itinga volvió a resplandecer como en los viejos tiempos, y la batalla fue olvidada. La historia se convirtió en leyenda y la leyenda en mito. Todos recordaban a los valientes caídos en la guerra de La Unión y la valerosa actuación de Hanish el Mediano. Los años pasaron, las generaciones de hombres se sucedieron, y todos borraron de la memoria colectiva el terror que el mal de los Hasirim les había ocasionado. Los habían olvidado. Pero los Hasirim no lo hicieron. Nunca olvidaron la derrota y la humillación de ser desterrados.

Y mientras la paz gobernaba el mundo, bajo la tierra aun vivía esa horrible criatura, que tampoco había olvidado. Y los Hasirim empezaron a

cavar. Cada vez más profundo.

Han pasado ya más de tres mil años de aquella guerra. El mundo es muy diferente al de esa época. Las tierras se dividieron, cada pueblo se estableció y lograron empezar a desarrollarse. En la Zona Este se establecieron Elfos y Hombres. La ciudad élfica de Surya, al Norte de las tierras protegía el Paso de Gortrand, un puente de tierra de más de doscientos veinte kilómetros de longitud que lo conecta a la Zona Oeste. Gobernada por la Alta Elfa Arden, Surya cuenta con el concilio de los Grandes Sabios, un grupo de nueve Altos Elfos que debaten el camino a seguir de la ciudad y sus aliados, todos ellos sobrevivientes de La Guerra de la Unión. Al sur de Surya se encuentra el Bosque Espeso, un verdadero bosque impenetrable cuyo interior apila árboles formando un muro que lo hace invulnerable a cualquier cruzada. Al Este de las Grandes Colinas del Norte se encuentra el Cañón Antiguo, una depresión de más de seiscientos metros de alturas que termina de manera abrupta en grandes barrancos de tierra. Al sur del Bosque se encuentra la ciudad de hombres de Aranciris, ciudad que fue reedificada luego de la batalla contra los dragones. Yendo para el lado Sur de aquella ciudad, nacen las Sabanas Gigantes, una planicie de cientos de kilómetros en las que animales y árboles de desproporcionados tamaños viven de manera armónica. Siguiendo al Sur, llegando al Mar Central, unos acantilados de trescientos metros hacen su aparición llamados los Acantilados del Sur. Y continuando en la misma dirección, al Sur de la Zona Este se encuentra la otra ciudad élfica, Itinga, la cual luego de caer ante la fuerza de los trece dragones logró recuperar su gloria. Itinga, al igual que Surya, protege un largo puente de tierra de ciento noventa kilómetros de largo que lo separa de la Zona Oeste, llamado el Paso de Dundin.

Naciendo desde las Grandes Colinas, y llegando hasta la ciudad de Itinga, se halla el Río Revés, una corriente de agua que va en baja en dirección Sur, pero su corriente parece ir contra la gravedad y se direccionan hacia el Norte. el otro lado de Dundin, en la Zona Oeste, se encuentra la ciudad de Dundin, hogar de los Centauros del Sur. Al Oeste de Dundin se encuentran las Montañas Ciegas, llamadas así ya que una nube pútrida de vapor pestilente las cubre de forma permanente, por lo que ninguna expedición la ha cruzado aún. En el extremo norte de las Montañas se encuentra el Gran Volcán, una elevación de más de ochocientos metros de altura, activo desde hace tres milenios pero que nunca ha erosionado. Al Este del Gran Volcán se encuentra la otra ciudad de hombres Saberrán, fundada por aquellos que habían escapado de la guerra de La Unión y habían sido expulsados de Aranciris por tal cobardía.

Muchos años tuvieron que transcurrir para que se encuentre la paz entre estas dos gigantes edificaciones. Y aún hoy en día las relaciones diplomáticas no son las mejores.

Guerras y muertos se cuentan de a miles hasta que al fin logró hallarse la tan ansiada paz entre los Hombres. Y mas al Norte aún, atravesando los Prados Enfermos, una región de pantanos pútridos de mas de ciento ochenta kilómetros de extensión y en el que no crece ni sobrevive nada de un tamaño mayor al del césped, se encuentra la última ciudad que fuera participe de la alianza. La ciudad de Gortrand, en el extremo Oeste del Paso de Gortrand, hogar de los Centauros del Norte, la cual fue fundada por Centauros desertores luego de concluida la batalla.

Al sur del mundo se encontraba la última extensión de tierra conocida. Un páramo desolado, una extensión de tierra de mas de cuatrocientos kilómetros de ancho recubierta por una nieve que a causa de las bajas temperaturas nunca se extingue. Allí, en aquel lugar alejado del mundo, hace tres mil años un grupo de Magos exiliados de del Norte desembarcaron y lo tomaron como su hogar.

Los Hasirim se establecieron allí, consumidos en su propio odio. Planeando. Queriendo.

Actuando.

No todos aquellos quienes habían huido de la batalla desembarcaron en Saberrán.

Algunos, encendidos por el odio a los que los habían desterrado, decidieron acompañar a los hechiceros. Se establecieron allí, Magos, Hombres y Centauros en la ciudad de Animaj, edificando esa ciudad y nombrándola en forma de burla a la nueva fortaleza.

Allí vivieron, separados del mundo exterior. Las generaciones se sucedieron aquí también, y el odio que los fue consumiendo les deformó el alma y el cuerpo. Haciendo uso de sus poderes y sus palabras convincentes, los Hasirim, liderados por el mas poderoso de los magos de la orden, Abun-La, crearon bestias horribles y sumamente poderosas. Mezclaron, jugaron, inventaron. Su trabajo dio resultado, creando pequeños ejércitos de bestias. Orcos, Trolls y Minotauros eran sumados a los Hombres y Centauros ya establecidos, donde en conjunto y a las sombra de los pueblos libres planeaban la venganza. Pero no eran tontos, puesto que bien conocían los grandes ejércitos con los que contaban los Malditos del Norte, como ellos llamaban a quienes los habían derrotado. Usando a la noche como velo y sus poderes para ocultarlos, enviaron grupo tras grupo de mutantes a las Tierras del Norte.

Allí establecieron cuatro fortalezas, trabajando en la oscuridad de la noche y alejados del mundo. Están cuatro ciudades se repartieron en las dos Zonas: tres en la Oeste y una, la más grande, en la Este. Ch'ar fueron llamadas, o Venganza, en el idioma de los Magos. Ch'ar del Norte, Sur y Oeste fueron levantadas en la Zona Oeste, pero en la Zona Este se erigió

Ch'ar del Este, la mas grande de las cuatro ciudades. Contaba con contacto directo con Animaj mediante las Gointr, libros oscuros creados por los Hasirim, en el que cualquier palabra que allí se escriba aparecerá de manera automática en el Gointr de Animaj. Cuatro capitanes habían sido enviados a ser senescales de estas edificaciones. Tres orcos: Guzal a Ch'ar del Sur, Ogne a Ch'ar del Oeste y Kulin a Ch'ar del Norte, y un Minotauro, Shaka, a Ch'ar del Este. Las relaciones eran malas entre estas mundas criaturas, y la elección del único Minotauro como senescal de la ciudad más grande había causado un revuelo, pero este había sido colmado por las sabias frases de Surilf, el más grande de los Magos. De ésta manera transcurrió un largo tiempo, en el que se olvidaron las guerras entre todas las razas, la cual sólo era opacada de manera temporal por la avaricia y las luchas entre los Hombres. Pero la oscuridad ya estaba demasiado erigida en el Norte, y pronto se dejaría ver.

Capítulo 2: Viaje a las Montañas

La larga paz había relajado a los encargados de mantenerla, y el mal pudo establecerse en las Tierras del Norte. Y quizás nadie lo hubiera descubierto, si Endor, de Saberrán, un explorador que quería quedar en la historia por ser el primero en cruzar las Montañas Ciegas, no hubiera descubierto las edificaciones de Ch'ar del Sur y Oeste, ubicadas en las bases de estas sierras, en el extremo Este y Oeste respectivamente.

Por largo tiempo había rondado en su cabeza la idea de esta aventurada travesía, y Endor bien lo sabía: Una vez que un pensamiento así entraba a su mente, no saldría hasta que lo cumpliera. Organizó una expedición e intentó ser cauto con aquellos pocos a quienes se lo comentaban. Pues no sería el primero ni el último en intentar cruzar esas fétidas montañas. Bien lo sabía, cientos lo habían intentado antes y cientos habían fracasado. Un extraño mal parecía yacer en aquellas cadenas montañosas, aún mucho más oscuro y siniestro que su mal olorosa niebla.

Partió una fría mañana de otoño, cuando el sol aún no se decidía a salir por completo en el Este. Tanto él como sus dos compañeros de aventura estaban realmente emocionados por al fin contemplar el viaje que les esperaba.

“Quedar en la historia, ser parte de la leyenda. Wow” pensó. Ese slogan le suprimía cualquier duda que se le asomara por su rubia cabellera de pelos ondulados. Sus dos compañeros, de actitud más conservadora pero no por eso menos aventureros, lo acompañaban otra vez como tantas veces en el pasado. Ellos eran Rein, hijo de Frein, y Noor, hijo de Ulon.

Llevando sólo las provisiones de alimentos necesarias, abrigos y sus bolsas de dormir decidieron emprender el viaje. Sabían que no sería algo fácil pues la distancia era extensa, especialmente para ir caminando, y ninguno de ellos contaba con un caballo al menos para llevar las cargas.

Más de doscientos veinte kilómetros separaban su hogar del extremo más austral de las Montañas Ciegas. Partían de Dunsahé, un pequeño poblado ubicado en el brazo Sur de Saberrán el cual limita por poco más de diez kilómetros la ciudad de Dundin, de allí su nombre.

Caminando a través de los grandes campos abiertos al Este de su hogar, llegaron hasta las cercanías de Dundin por el extremo Este, evitando que los Centauros del Sur los vieran. Bien sabían que en caso de encontrárselos impedirían por todos los medios que realicen su expedición. Los Centauros odiaban esas formaciones rocosas, y motivos no les faltaban. Luego de terminada la guerra de La Unión, intentaron establecerse en el Oeste de las mismas, lo que les proporcionaría una ubicación geográfica de élite, apartados del mundo exterior en el que podrían vivir en armonía sus largos años de vida.

Pero las Montañas esconden muchos más secretos de los que saltan a la vista. Habiendo encontrado un pequeño vado que contorneaba un río entre la primera y segunda montaña decidieron aventurarse por entre sus bases. Pero las Montañas son engañosas.

Cuando estaban por cruzar el pequeño valle, un grupo de rebeldes, comandados por un segunda línea de las fuerzas de combate, el Centauro Groin, se amotinó adjudicando quede nada serviría separarse del resto del mundo, llamando a los que deseaban continuar "viejas serpientes". Dos bandos se erigieron allí, y la lucha no demoró en aparecer. Las grandes legiones de estos hombres-caballo se vieron reducidas luego de tan cruenta guerra civil. Ese día no hubo ganadores, pues todos perdieron. La sociedad de los Centauros se dividió. El séquito que seguía a Groin avanzó muy hacia el Norte hasta el aso Del Norte al que rebautizaron Paso De Gortrand. Allí, en el brazo opuesto del Paso, se encontraba la ciudad élfica de Surya. A pesar de las grandes bondades y sabidurías de ambos pueblos, en parte otorgada por sus largas vidas, su relación nunca fue buena y en más de una ocasión hubieron rumores de guerra por el control del Paso, la cual nunca llegaron a concretarse gracias a las intervenciones diplomáticas de Arden, la Alta Elfa reina de Surya, o por la aparición de Hanish, quién lograba intervenir a tiempo. Pero en la mente de Groin aún se conservaba la pútrida y fétida niebla de las Montañas Ciegas, por lo que su pueblo poco a poco cayó en la pena y la amargura, mientras el rey de Gortrand sólo se enfocaba en engrosar sus filas de hombres-caballo.

El resto de los Centauros, con Trein a la cabeza, intentó proseguir la marcha. Pero tras cada paso que daban el ambiente se ponía peor. No el ambiente que los rodeaba, pues éste era completamente maravilloso. Un pequeño río de aguas claras como el cristal corría entre las piedras, de manera pacífica por momentos, más violenta pero no menos armoniosa por otros, filas de árboles de gran tamaño pero de notoria juventud rodeaban los vados y pequeños animales seguían con su mirada a los

extraños cruzantes.

Animales que con sólo recibir una pequeña ración de comida, serían capaces de seguirlos hasta el fin del mundo. Rumores de un nuevo motín llegaron a los oídos de Trein, y bien sabía que su pueblo no resistiría otra batalla interna. La causa, la misma: No quería seguir adelante en las montañas. Decidió volver sobre sus pasos, lo que calmó los ánimos de forma repentina. Cuando al fin lograron salir del valle maldito ese se vivió de nuevo una armonía entre su gente como no se vivía desde antes de la guerra de La Unión. Decidieron seguir hacia el Este, y establecerse en la estratégica ubicación al extremo occidental del Paso del Sur, ahora denominado Paso de Dundin. Allí, a diferencia de sus compañeros del Norte, lograron establecer una gran amistad con los Elfos de Itinga, ayudando Dundin en la reconstrucción de la ciudad y recibiendo a cambio conocimientos y saberes élficos y ambos pueblos eran siempre bienvenidos en sendos extremos del Paso. Esa historia era bien conocida por Endor, y conocía también la naturaleza inquisitiva y recelosa de éstas extrañas pero nobles criaturas. Por eso debían eludir Dundin, aunque le hubiera gustado conocerla, a la ciudad y a su Rey, el Centauro Trein quién era poseedor de una gran sabiduría y paz aunque era traicionado por el amor que sentía por su pueblo, tan grande como no se vio antes ni se vería después.

Decidió seguir camino al Sur desde Dunsahé hasta el extremo austral de las Tierras del Norte, vadeando a Dundin por su costado Este. Sería un viaje más corto que si se encaminaban por el Norte, y su único temor residía en pasar desapercibido por el Paso del Sur. A pesar de ser una ubicación estratégica era poco vigilada, tanto por Centauros como por Elfos.

Lograron escabullirse por la noche a través de la Entrada al Paso, un arco de doce metros de alto tallado en granito que en su curva tenía esculpida la figura de un toro y daba la bienvenida a la ciudad de Dundin, despidiendo a su vez a aquellos viajeros que partirían a Itinga.

Las últimas luces del Paso se perdían en la lejanía cuando oyeron un ruido como un llamador, acompañado del ruido de cascos de caballo. Voltearon los tres temiendo que un criminal los esté siguiendo y lo llevara hacia la oscuridad de las planicies. Pero nada de eso era, pues ante ellos se esgrimía una figura alta, de casi dos metros de altura. Era una mujer, no había duda. Los cabellos rojos hasta el omoplato se le pegaban al cuerpo.

Parecía ser una fémina de mediana edad la cual no poseía arrugas y su cara evidenciaba rasgos fuertes, quizás logradas por una sufrida y larga vida. Mas su sorpresa fue mayor al bajar la vista. Debajo de la cintura, su esbelto cuerpo de mujer se perdía ante sus atónitos ojos. En lugar de las presentar las piernas propias de alguien de su talla, dos tas como de

caballo recubiertas de un amarronado pelaje se presentaban ante ellos.

Por detrás de éstas, parecía salir el lomo de un toro. "O un caballo", pensó Noor. No les quedaba duda: los habían visto. La armadura de la Centáuride evidenciaba formar parte de las fuerzas de choque de aquel alejado poblado al Sur de las tierras. Ninguno de los tres podía articular palabra, el miedo los consumió, y recordaban con angustia la poca paciencia de la que eran famosos poseedores éstas criaturas.

De repente, una voz grave y autoritaria pero femenina rompió el ruido de la brisa.

-¿Quiénes son, y que hacen a estas horas de la noche tres Hombres en la entrada al Paso de Dundin?- Ninguno respondía pues el miedo y la duda parecía tenerlos fríamente paralizados.

Finalmente, Endor tomó la palabra.

-Nuestros asuntos no son de su importancia. Y en todo caso, dinos tu nombre, señora Centauro, y te diremos el nuestro.- La mirada de Endor demostraba coraje, un coraje que disminuía a medida que la Centauro se le acercaba lentamente. Cuando lo tuvo enfrente, una pequeña risa se esbozó en sus labios, y su mirada cambió por una más amable.

-Tienes valor, pequeño hombrecillo.- Dijo. – Y sus asuntos si me incumben. Soy Saina, Guardiana de la Puerta del Paso de Dundin, dueña de las Flechas Rojas que perforaron yacabaron con la vida de Feugo, el señor Dragón.- Con ésta última frase, una majestuosidad se disparó por todas las proximidades de aquel lugar y por un momento pareció que un aura dorado cubría a Saina.

"Las Flechas Rojas", pensó Endor. Conocía aquella historia demasiado bien. La Guerra de La Unión, la traición de los Hasirim y la muerte de Feugo. Dura como el granito era la piel del Dragón, y esa ventaja lo mantuvo en pie hasta el final de la batalla. Con la caída de Ardhor, la bestia de fuego, las miradas nuevamente se volvieron hacia el último de los trece. Las espadas rebotaban contra la dura piel del reptil cuando éste se preparaba para lanzar su ataque mortífero. Pero cuando su mandíbula se abrió para dejar paso al fuego de su interior, una flecha se distinguió entre las demás. El color rojo le era característico, y la hacía resaltar entre las demás grises. El Dragón tomó aire y en ese momento se detuvo. La flecha, distinguida entre las demás, se adentró dentro de las fauces de Feugo, dibujando un orificio de entrada y salida a ambos lados de su cráneo.

La bestia cayó ultimada al suelo, y todos volvieron la mirada hacia donde había salido disparada aquella arma letal. Allí firme, sosteniendo el arco y todavía apuntando, se encontraba Saina, de pie. Y en el arco, una Flecha

Roja esperaba ser disparada. Endor no podía creer estar en presencia de aquella prócer.

-B...bueno, mi señora Centauro, la razón que nos trajo aquí es que...-
Murmuró Endor

-Estamos recorriendo las Tierras del Norte, queremos conocerlas en toda su extensión, corroborar aquello que se cuenta y conocer otros pueblos, además del de los hombres. - Exclamó Rein, tragando saliva en la última frase como si el valor se le hubiera escurrido como agua entre los dedos y dirigiéndole la mirada a su compañero en un claro regaño por estar a punto de contar sus planes.

Saina lo miró frunciendo el seño, como si no entendiera lo que acababa de decir.

-Bien, de acuerdo. Pero el Paso de Dundin se aprecia más a la luz del día, al igual que todo lo que piensen recorrer.- Dijo sonriendo. Luego volteó hacia Rein y le regaló un guiño con su ojo derecho. -Sigan adelante, y los volveré a ver cuando decidan pasar por el Paso del Sur. Bienaventurados sean.-Dicho esto último volteó y se dirigió nuevamente hacia la entrada del Paso. Los tres suspiraron, y por un momento parecían soltar una leve carcajada de alivio. Decidieron continuar su camino sin demorarse en demasía tras aquella experiencia avanzaron hacia el Sur, dejando atrás la ciudad de Dundin. Llegaron hasta las grandes planicies del Sur y allí curvaron su camino hacia el Oeste. En ese punto, aún después de un tan largo camino, setenta kilómetros los separaban de las Montañas Ciegas. Debían antes pasar vadeando por el Fondo del Mundo, una depresión de ciento veinte kilómetros cuadrados que descendía bruscamente de unos acantilados que bordeaban las mismas montañas. Extrañas historias se habían oído acerca de aquel lugar, historias que hablaban de grandes mutantes avistados en las cercanías del lugar. Hombres con el alma y el cuerpo en estado de descomposición, Elfos corrompidos y alucinaciones de las que eran víctimas quienes por allí se aventuraban se contaban sin cesar en los pueblos de las cercanías. Pero nada de eso desalentó ni siquiera un instante a los exploradores. Estaban ya próximos a aquel lugar cuando el olor de las fétidas montañas comenzó a hacerse presente. Decidieron acampar debajo de un sauce en la orilla de una pequeña laguna, el Lago Negro y pasar allí la noche. El fuego de la hoguera los reconfortó y el cansancio se hizo notar pesadamente en sus párpados.

De improvisto oyeron unos ruidos que golpeaban contra la superficie del lago, tras lo cual los tres se pusieron de pie de un movimiento, y mirando fijamente hacia la oscuridad, contemplaron en silencio la superficie. Los extraños sonidos volvieron a aparecer esta vez más cerca y con una maligna regularidad, como los pasos de alguien que camina con una

enorme seguridad hacia su objetivo. Parecían acercarse hacia ellos.

Parecía cómo si de alguna manera, alguien caminase por encima del agua. Los chapoteos se detuvieron y luego de un rato pudieron recuperar tan ansiada calma. Se recostaron en el suelo próximos a la hoguera, evitando hablar de esa experiencia. De pronto, el olor a podrido se hizo insoportable. Volvieron a ponerse de pie en posición de alarma, oyendo ahora unos quejidos que parecían venían de allí cerca, a escasos metros de ellos entre la oscuridad de la planicie.

Un ser grotesco se hizo presente delante de los viajeros saliendo de entre la oscuridad de la zona. Tenía el aspecto de un hombre muy alto y corpulento con orejas largas y puntiagudas, los hombros anchos, largas extremidades, piel gris y poco pelaje negro. En su mano derecha sostenía un garrote y los miraba con malicia. Tenía en su pecho una D mayúscula en oro incrustada directamente en la carne. Sin llegar a reaccionar ninguno de los tres, paralizados por el miedo a ese tan grotesco ser, permanecieron de pie frente a la hoguera. De manera inesperada lograron sentir una presencia ante ellos. Alguien pasó por alado de Rein apareciendo desde atrás de los tres, proviniendo directo del Lago y se encaminó directo hacía aquella criatura, quién soltó el garrote en cuanto lo vio en evidente estado de respeto, un respeto en verdad temeroso.

Aunque este ser les daba la espalda, lograron divisar cada detalle de lo que sucedía. El Hombre levantó la mano enseñándole la palma desnuda a la criatura, y habló.

-Desde la tierra vienes tú, y el agua es mi creador, cómo la lluvia lava el suelo sucio, y el molino refresca las flores, a ti yo te exonero bestia, yo volveré al agua, tú regresa a la tierra.-Dicho esto, la horrenda bestia cayó de rodillas al suelo. Los viajeros, aún sin comprender que sucedía, vieron a la criatura que parecía fundirse en uno solo con la tierra bajo sus largas piernas. Parecía llorar, y de un momento a otro desapareció bajo la el suelo.

El individuo bajó la mano, sacando algo de su cinturón y rápidamente dio media vuelta hacia ellos, mirándolos directos a los ojos a los tres a la vez. Una sonrisa se dibujó en su cara bonachona. Era un hombre robusto con la barba castaña hasta el pecho, chaqueta azul y camisa blanca por debajo. Algo excedido de peso, con sombrero de campo y descalzo, prendió la pipa que acababa de sacar de su cinturón hecho de ramas.

Fumó de ella y los miraba, aún sonriente, mientras se les acercaba alegremente. Gustan, caballeros?- Preguntó enseñándoles la pipa. Los viajeros lo miraron sorprendido.

-Ay, ¿Dónde están mis modales? Mi nombre es...bueno, eso no es importante, pero muchos me dicen Rain. ¿Se encuentran bien?- Inquirió,

sonriendo dulcemente y mirándolos con compasión.

Finalmente Endor tomó la palabra ante Rain.

-Mi nombre es Endor, hijo de Fendor. Ellos son Rein hijo de Frein, y Noor hijo de Ulon.-

-Es un placer.- Respondió haciendo una gran reverencia.

-Creo que ya nos habíamos visto antes, ¿no es así?-

-Disculpe, pero no creo conocerlo.- Dijo Noor.

-Mi querido Noor- Dijo Rain – El que nos hayamos visto no es significado que nos conozcamos. Hace unos momentos me acerqué hacia la orilla para darles la bienvenida, pero los noté asustados, así que decidí alejarme.-

-¿Usted...era...el que estaba sobre el lago hace unos momentos? Lo siento, no habíamos observado su bote, por eso creímos estar alucinando. Muchas historias se cuentan sobre éstos lugares.-

-Y están en lo cierto- Agregó Rain.- No existe tal bote, no me es necesario. Mis disculpas si los asusté, no era mi intención. Lo cierto es que si era su servidor quién estaba por encima del agua. Y no, ninguno alucinaba, al menos de momento- Dejó oír una carcajada muy alegre y contagiosa hacia el frío aire de la noche.

Los tres amigos lo miraban estupefactos.

-¿Usted caminaba sobre el agua?- Preguntó Rein.

-Así es, mi querido Rein.- dijo Rain. –Cómo dije, no era mi intención asustarlos, sólo que no se ven muchos aventureros por éstos lugares y me gusta que se sientan bien recibidos en mi hogar.-“¿Su hogar”? Se preguntaron los tres mentalmente. Rain rió, como adivinando lo que estaban pensando.

-Así es. Veo que están cansados, el viaje debe ser agotador supongo. Si así lo desean, ésta noche son bienvenidos a descansar en mi pequeña morada.-Los tres se miraron, como no sabiendo que decir. Finalmente, Endor tomó la voz de mando.

-No es nuestra intención el molestarlo ni generarle preocupaciones, pero en vista de que nos acaba de salvar, aceptaremos su invitación, señor Rain.-Rein y Noor lo miraron, como estando en desacuerdo pero ninguno

decidió acotar nada.

-Perfecto.- dijo Rain -En ese caso, síganme. Comerán y descansarán y mañana emprenderán de nuevo viaje hacia las Montañas Ciegas, si así es su deseo.-Se miraron unos a otros. ¿Cómo sabía hacia dónde se dirigían? Habían sido muy cautos con su pequeña aventura, y de todos modos, Rain estaba demasiado lejos como para estar al tanto de todo.

Estaban por detenerse y preguntárselo cuando Rain se adentró en el lago. Caminaba sobre las aguas, como si fueran superficiales o si una plataforma lo sostuviera por debajo. Se frenaron en la orilla del mismo, incautos por tal situación. Rain se dio cuenta de lo que pasaba y volteó alegremente.

-Avancen, mis amigos. Son mis invitados esta noche, el agua no se atreverá a tocarlos.- Dicho esto continuó su camino yendo cada vez mas cerca de la orilla del otro lado, desde donde se divisaban unas luces a lo lejos. Lo miraron seriamente.

Suspiraron y avanzaron hasta que el agua les rozara los pies. Allí intercambiaron unas incrédulas miradas. Endor finalmente tomó impulso y colocó un pie sobre el agua.

Esperaba hundirse, salpicarse o al menos mojarse, pero nada de eso sucedió. embloroso y dudando, depositó el otro pie también en la superficie. El agua le masajeaba las plantas de los pies, se sentía fresco. Dio un paso con los ojos cerrados aún sin terminar de creer la situación que le tocaba atravesar. Sabía nadar, pero luego de lo que había visto no sabía que encontraría bajos esas oscuras aguas que ahora parecían reflejar las estrellas de la noche. Rein y Noor miraban estupefactos desde la orilla como su amigo avanzaba paso a paso y de forma lenta y precavida, caminando sobre las aguas de aquel lago.

Finalmente se decidieron a avanzar ellos también. Primero fue Rein, al borde del temblor mirando hacia las profundidades y estirando las manos hacia los costados en un vano intento aferrarse a algo. Por último le llegó el turno a Noor. No lo hizo con gusto, pues no sabía nadar y la idea de caminar por encima del lago no le simpatizaba en absoluto. Pero el miedo a quedarse sólo en aquel lugar le disgustaba tanto o más que la idea de seguir a sus amigos. Lentamente los tres avanzaron a través de las aguas del lago. En la otra orilla opuesta, de pie y con una gran sonrisa, Rain los esperaba. Tras él se veía una pequeña cabaña con las luces encendidas. Se llegaban a divisar tres ventanas y un tamaño modesto. La oscuridad les impedía ver más detalles.

Al fin y tras un gran zozobro lograron llegar a la orilla y sumarse a Rain. Los cansados pies de los viajeros sintieron un alivio repentino, como si nunca hubiera salido de Dunsahé. Estirando sus brazos Rain los invitó a

seguirlo.

-Vengan mis amigos. La cena ya está servida.- El pórtico de madera parecía denotar cierta antigüedad pero transmitía una invulnerabilidad nunca vista. Daba la impresión que sólo pasaría aquel que fuera invitado por el dueño de casa.

El chillido de la puerta abriéndose dio paso a la impresión. Evidentemente la oscuridad los había confundido, pues ante ellos ahora se extendía un enorme salón de al menos cincuenta metros de largo, con una mesa no menos imponente y pisos de mármol blanco y negro simulando un tablero de ajedrez. En el extremo Oeste de la sala una escalera en espiral subía hacia los pisos superiores. Estaba tallada de un gran bloque de diamante, o al menos esa era la impresión que generaba. Los barandales de la misma estaban pulidos en oro y diversas piedras preciosas. Al mirar hacia arriba la escalera continuaba hasta donde alcanzaba la vista, se perdía en la nada.

Era imposible calcular exactamente que cantidad de pisos poseía aquel palacio.

Cientos de floreros adornaban por doquier la sala, grandes estatuas de divinidades parecían estratégicamente colocadas y cuadros que parecían tallados en grandes bloques de oro y piedras hermosas adornaban las paredes.

Rain se ubicó a la cabeza de la mesa y junto a él yacían tres sillas, y puestos a su disposición un banquete que daba la impresión de estar hecho a gusto de cada comensal.

Las sillas altas de madera de roble los esperaban separadas de la mesa, y al lado de cada uno de los platos los cubiertos de plata y las copas de cristal decoraban un ambiente idóneo. Los invitados se sentaron en la mesa, ya no hambrientos, ya no cansados, sino sorprendidos. No dejaban de observar y mirar cada detalle de aquella mansión que les había parecido tan humilde desde el exterior. Comieron y bebieron muy a gusto a la par que conversaban con Rain. Les contó grandes historias de todos los tiempos. Habló de la guerra de La Unión, les informó acerca de la traición de los Hasirim, de los trece dragones y relató historias que llegaban hasta el presente. Finalmente, y tras largo rato en su compañía Rein no pudo evitar preguntar lo que ninguno de los otros se animó.

-¿Quién es usted, Señor Rain, si puedo preguntar? Rain lo miró con aires de seriedad, luego sonrió y sin dejar de hacerlo suspiró, preparándose a contar una gran historia.

-Verás, mi curioso aliado, eso es algo muy simple. Soy aquellos del que nadie se preocupa.- Exclamó. Ninguno de los invitados lo había

comprendido, y Rain lo notó pidamente. Prosiguió, riendo y elevando su tono de voz de forma jocosa, y levantándose de su asiento comenzó a hacer ademanes con las manos.

-Soy el canto de las pequeñas aves, el silencio de los insectos; soy el gorgoteo del agua al pasar sobre las rocas, soy la brisa que alivia a los abrumados; soy el sol tras las montañas, y el octavo color del Arco Iris; soy el que defiende a aquellos de los que nadie se acuerda: árboles, insectos, pequeños animales, los ríos, mares y arroyos, soy la brisa y la marea, la víctima y el victimario. Soy yo, y soy tú, y tú eres yo, y yo soy ustedes; Soy todos y no soy nadie. Soy el que hiere y el que perdona, el que nunca vino y que siempre se irá. Mi nombre es TODOS, mi hogar es el mundo, mi alimento su felicidad, y mi tristeza su pena. Pero lo más significativo en estos momentos, mi Señor Rein...En éstos momentos, soy su anfitrión.- Tomó asiento. Los tres lo miraban estupefactos. Todos rió.

Capítulo 3: Una vieja amenaza

Luego de la presentación decidieron irse a descansar. A pesar de la extraña y exótica forma de ser de Todos, ninguno lo trato de loco ya que de alguna forma ese ahora entrañable ser había logrado meterse en sus corazones y ganarse un lugar allí.

A la mañana siguiente se sintieron recargados. No sabían cuánto habían dormido, pero algo era seguro: Ninguno había dormido así antes, y en el fondo sabían que no lo volverían a hacer. Fueron al comedor y allí encontraron a Rain sentado en la cabecera de la mesa, y tres bolsos habían preparados sobre ella.

-Buenos días, mis honorables invitados. Espero que hayan logrado descansar.- Dijo riendo y en un tono de voz alto pero amable.

Luego de desayunar, cada uno recibió uno de los bolsos y con ayuda de Todos fueron acompañados hacia la otra orilla de nuevo. Al igual que la noche anterior caminaron por sobre las aguas, esta vez con mayor confianza que aquella primera vez. Allí su campamento yacía inviolable desde hacía varias horas. O días, no lo sabían con seguridad. Nunca más ninguno de ellos pudo deducir cuanto tiempo pasaron allí con Todos y no se animaron a preguntarle por temor a pasar vergüenza. Se despidieron de Rain sintiendo cada uno un vacío en su interior cómo un niño al que se le arrebató su madre.

Siguieron la marcha siempre en camino al Oeste. Abrieron los bolsos para ver aquello que le había sido obsequiado. Rain los había abastecido de la mejor manera: ropa de lana, alimentos, agua, bebidas blancas, una navaja, cuerda y una máscara fue lo que cada uno de los miembros recibió. Al final del segundo día luego del encuentro con Todos, las Montañas ya asomaban al horizonte. Tres días les tomó llegar hasta la

elevación que se encuentra más al Sur. Evitaron pasar por el Fondo del Mundo ya que ninguno estaba listo para otra sorpresa, aunque sabían que era una cuenta pendiente, cuenta que decidieron saldarían al regreso. Al llegar al pie de la Montaña más austral el pútrido aire parecía imposible de respirar. Subieron la empinada colina durante todo el día, mas aún parecía que la cima se alejaba cada vez más. Acamparon durante la noche durmiendo en las bolsas de dormir. Esa madrugada no se oyó palabra alguna entre los amigos de viaje. El clima entre ellos había cambiado drásticamente y ya no era para nada bueno pues los tres se miraban con recelo. Al día siguiente volvieron a emprender el viaje hacia la cima.

El cielo se les presentó gris y un helado y péstido aire soplaba del Sur. Ésta vez la cima parecía haberse acercado durante la noche. Endor lo notó y estaba por comentárselo a sus amigos cuando oyó como murmuraban entre ellos a sus espaldas. Guardó silencio e intentó escuchar lo que se susurraban tres metros por detrás de él.

-Salimos hace demasiado tiempo para escalar éstas asquerosas colinas, y la cima cada día se aleja más. Juraría que ayer esta más cerca que ésta mañana.- Dijo Noor.

-Si, sí para esta tarde no nos acercamos a la cima, daré media vuelta y volveré, y pobre del que intente detenerme.- Apoyó Rein.

“¿Cómo más lejos, si ayer la cima parecía inalcanzable y ahora la tenemos a nuestra merced?” pensó Endor. Decidió no acotar nada, el clima entre ellos era cada vez peor y de manera inexplicable pasaron de ser los mejores amigos a rivales en sólo veinticuatro horas, y aún faltaba para la cima. Al llegar el crepúsculo la cima se encontraba a menos doscientos metros de distancia, o ese era el cálculo que Endor tenía en su mente.

Sintió como lo llamaban.

-Endor, vieja serpiente, hasta aquí llega nuestro viaje. Demos media vuelta y volvamos, se acabó tu cruzada.-Endor no sabía cómo interpretar aquellas palabras de Rein y lo miró sorprendido.

-¿Qué dices, Rein? ¿Quieres abandonar ahora, amigo? Eres libre de hacerlo; en todo caso, ¿Por qué me llamas VIEJA SERPIENTE? ¿A que se debe tal difamación?La mirada de Rein revelaba una furia nunca vista en esos ojos grises que sólo sabían de visiones bondadosas y sonrisas de alegría.

-Conocemos tu objetivo. Deseas que te acompañemos hasta aquí y luego volverás antes que ninguno a Dunsahé y tendrás toda la gloria. Pues no lo creo, quédate y muere si quieres, yo no caeré contigo-Noor y Rein le dieron la espalda a su amigo y comenzaron a descender por la ladera de la montaña. Sorprendido, Endor los llamó alzando la voz y quebrando el

viento de la tarde.

-iNoor! iRein! ¿Qué hacen? ¿Qué les sucede? ¡Vuelvan!- El llamado de Endor fue inútil. Ninguno de los dos voleo siquiera a verlo por última vez.

Nunca más los vería en vida.

Pero Endor estaba decidido a seguir y no dejaría que la ausencia de esos dos ahora antiguos amigos le arrebatase aquello por lo que tanto sufrió. La noche pasó fría y lentamente, y Endor apenas si pudo dormir. No probó bocado, pues los alimentos estaban congelados y le era imposible encender una fogata en medio de tanta nieve y sincombustibles a la vista.

La mañana siguiente se presentaba mucho más agradable que el día anterior. No nevaba y el sol brillaba en su salida por el Este. Endor levantó su campamento y decidió seguir, dispuesto a terminar aquello que había arrancado ya.

La ladera Sudeste de la última elevación de aquellas montañas le había resultado un hueso duro de roer. Endor aún no lograba comprender la reacción de sus amigos el día anterior, incompresible e injustificada entre Hombres en especial entre aquellos que llevan tantos y tan buenos años de amistad. Había llegado a observar ese extraño brillo en la mirada de Rein y se sintió impotente y desdichado, como se habría sentido aquel rey Centauro hacía ya muchos años antes. No lo comprendió en ese momento pues el cansancio y el hambre le estaban jugando una mala pasada a su mente ya fatigada, pero en su interior sabía que aquella maldita neblina tenía algo que ver en esa reacción inusual.

Costosamente, paso a paso, logró descontarle distancia a aquel pico que se erigía alto y orgulloso en la cima de la Montaña. En un momento logró llegar hasta una saliente que se encontraba a poco menos de veinte metros de la cima. Le resultó duro sortearla, pero finalmente consiguió aferrarse a ella y haciendo un esfuerzo casi sobrehumano y a la vez llevando al límite de su resistencia a sus ya agotados brazos, su cuerpo se aferró a la base superior de aquel escalón de roca. Cayó de espaldas al piso esforzándose en cada respiración. El aire era escaso y el frío lo dificultaba aún más. Entonces recordó la mochila que Todos le había regalado. La abrió por el cierre superior y allí se encontraba la máscara, arrojada y olvidada contra el fondo de cuero. Pero la máscara estaba sola.

No había allí nada más que un pedazo de caucho. Sin saber porque, y actuando sin conciencia a causa del cansancio se colocó aquella cánula por sobre su nariz y boca.

Una bocanada de aire fresco bajó por su garganta llegando y depositándose en sus pulmones. Endor sintió que volvía a nacer, sus músculos recuperaban su fuerza, su cabeza se despejaba y sus miedos se habían marchado. Y de repente se encontró allí, en pendiente aún a mitad de camino de la cima. Sintió que su espíritu se quebraba.

Todo el esfuerzo realizado había sido en vano. "La falta de oxígeno y el cansancio me jugaron una mala pasada" pensó. Sus fuerzas parecían al fin haberse agotado. Recordó aquellas historias de alucinaciones y penas que sufrieron todos esos valerosos que se enfrentaron a las Montañas Ciegas. Había visto la cima muy cerca. Tan cerca. Pero le faltaba medio camino aún. Se encontraba analizando si volver o seguir adelante cuándo las vio. A lo lejos, sobre ambas laderas de las Montañas pero ubicadas a partir de la tercera elevación rocosa, unos murales de piedras se hacían presentes. De altura imponente y anchas como todo el largo de Dundin (lo que era mucho decir), en su interior se observaba movimiento. No había oído nunca de aquellas edificaciones y no les encontraba sentido alguno. Después de todo, ¿Qué nación lograría progresar cerca de tan horribles montañas? Estaba cansado, abatido y asustado por lo que allí habría, pero su alma era curiosa y sin darse cuenta en que momento lo decidió ya había emprendido camino hacia la base de la montaña, sabiendo que desde allí tendría una mejor visión de las edificaciones. La idea de renunciar a su travesía le asqueaba, pero más aún lo hacían esas sucias montañas y, aún más, esos enigmáticos pueblos. Luego de descender casi mil quinientos metros tuvo una visión mucho más clara de lo que allí pasaba.

No lograba distinguir del todo bien a aquellas criaturas. Le parecieron primero Hombres. "Leñadores o fugitivos" pensó. Pero se dio cuenta que eran más altos y robustos que los humanos normales. "Centaurios o Elfos". Algunos pocos Centaurios podían diferenciarse, pero Elfos no logró discernir. Y dos agujeros gigantes se abrían hacia el cielo. Montañas de tierras crecían a su lado a medida que la tierra era sacada de su lugar con grandes máquinas, construidas de algún árbol desconocido para Endor ya que eran dueñas de una altura y fuerza sobrenatural.

Bajó corriendo por la ladera, el corazón le temblaba y sentía una fuerte opresión en su pecho. En un descuido y un mal paso tropezó y rodó colina abajo, formando una pequeña avalancha. Perdió el conocimiento.

Despertó en medio de la noche. No sabía hacía cuánto se había quedado dormido, ni cómo, ni donde. Se levantó pensando que aún se encontraba cerca de la cima. Puso un pie en la ladera de la roca para llegar a su cometido pero un hedor nauseabundo se hizo presente de manera repentina. Ese olor fétido lo hizo volver el sí. Recordó todo lo que había ocurrido. La máscara de Rain, la distancia a la cima, las ciudades.

-¡Las ciudades!- Exclamó.

Llevó sus manos a la boca como intentando tapar el ruido que su voz provocó. Miró a su alrededor moviendo sólo los ojos, abiertos como faros a la luz de la luna y una fría sudoración le recorría todo el cuerpo. Nadie lo había oído.

Movió los pies saliendo de aquel trance en que se hallaba. No sabía adonde ir, ni a quién advertirle o preguntarle sobre aquellos pueblos. Sabía que la ciudad más cercana era Dundin, a aproximadamente ochenta kilómetros de él.

-¡Todos!- Pensó, y se alegró de haber aceptado su invitación. Aunque la casa de Rain se encontraba aún a cierta distancia, ésta era mucho inferior a la que lo separaba de la ciudad de los Centauros del Sur.

Cinco días le tomó volver sobre sus pasos. No estaba listo para ninguna sorpresa y caminar a la luz del sol por planicies tan abiertas no le generaba ninguna gracia, por lo que sólo se desplazaba de noche y de manera sigilosa. Finalmente volvió al Lago. Allí, en la orilla opuesta una pequeña casa del tamaño de un humilde rancho se perdía entre la salvaje vegetación, y cerca del árbol en que habían acampado donde aquel monstruoso ser había desaparecido a manos de Rain, un inmenso girasol ahora florecía.

Si mucho ánimos pero sabiendo que no le quedaba opción lo comenzó a llamar.

-¡Todos! ¡Rain! ¡Necesito su ayuda!-ero nadie respondió. Decidió el mismo ir hasta el hogar del enigmático sujeto.

Se acercó hasta la orilla del lago dispuesto a cruzarla. Tan decidido estaba de hacerlo que olvido que él no podía caminar sobre el agua.

Puso el pie derecho y casi de inmediato depósito el izquierdo sobre la superficie del Lago Negro. La oscuridad lo envolvió y sintió cómo era arrastrado por alguna fuerza a lo profundo de la tierra. A lo lejos dos luces parecían observarlo cada vez más cerca.

Estaba paralizado, intentó gritar pero el sonido quedó atrapado en su garganta. Aquellas luces se le acercaban de manera lenta y provocadora. Estaban casi sobre él, cuando sintió que algo lo arrastraba.

Las manos de Todos, sumergidas en el agua, sostenían de las axilas a Endor que recién se percataba acerca de lo que había ocurrido. Y de que el aire le faltaba de manera agónica.

Rain lo levantó y lo sacó del allí. Lo puso de pie sobre el lago y lo miró extrañado pero con cierta ternura.

-Mi amigo, ¿Qué te ha ocurrido? Oí tu voz que me buscaba así que salí a tu encuentro, pero tú ya habías caído. ¡Vaya que eres impaciente!- Dijo riendo.

-No sabes la alegría que me causa el verle, señor. Hay cosas que debo comentarle.-Endor le relató a Todos todo lo ocurrido. El viaje, la ida de sus amigos, pero en cuanto llegó al relato de los pueblos notó como éste lo mirara cómo si le estuvieran relatando una historia que ya había oído.

-No se si será de importancia- Dijo Endor. -Pero creí que usted podría darme una respuesta o al menos tranquilizarme.-Por un momento, Todos miró al suelo como meditando con una mano sobre sus labios.

Finalmente rompió el silencio.

-Hace tiempo que he notado la presencia de aquellos pueblos. Pero no es mi deber entrometerme en la vida de los seres de aquí, amigo. Recordará aquel ser que hoy yace bajo ese girasol.- Le señaló la planta cerca de la orilla. -Es una de los ciudadanos de allí. ¿La insignia en su pecho? Es un cuidador, debe exterminar a cualquier intruso de las cercanías. Llevaba la D, inicial de DOR'NO, vigilante en el idioma de los Hasirim, O guardia. No te daré una respuesta, como dije, esos asuntos no se encuentran a mi cargo, pero lo llevaré con alguien al que si le interesará.-Apoyó su brazo en la espalda de Endor y lo condujo hacia la orilla. Luego silbó, y a lo lejos se pudo divisar un animal que venía al galope.

-Lo acompañaré hasta el reino de Dundin si así lo desea. Pida hablar con el Rey Trein, dígame que es un mensaje del Viejo Azul, el le entenderá.- Cuando la bestia estuvo cerca, para sorpresa de Endor vio que no se trataba de un caballo como el había pensado sino que era una llama. Todos lo invitó a subir y el tomó las riendas. Un leve golpe en el lomo de la bestia le bastó para que saliera galopeando como el viento. Nunca antes Endor había visto tan rápido animal. A pesar de su gran velocidad, la estabilidad que mostraba aquella llama era increíble, parecía casi como si volara. En sólo cuestión de unas horas pudo divisar a lo lejos el gran reino de Dundin.

Cuando se hallaban a pocos kilómetros ya, sin que Rain hiciera el mas leve gesto, el animal se detuvo de pronto, conservando aún se asombrosa estabilidad. Todos bajó, y Endor hizo lo propio.

-Hasta aquí llego, mi amigo. Lamento no poder acompañarlo hasta el fin de su camino, pero debo volver a resolver mis propios asuntos.-

-Le agradezco, señor Rain. Si esas horrendas criaturas andan por las cercanías, es de más seguro que le interese.-

-Así es.- Dijo Rain. -Sólo recuerda: los Centauros son seres muy bondadosos y amables, si es que sabes tratarlos. Háblales despacio y con cautela, y nunca mires sus es sin su permiso. Sin más que decir, me marchó, ¡Y te deseo la mejor de las suertes, gran amigo! ¡Arrivederci!.- Se despidió con esa sonrisa propia de él.

Escaló su montura y cuál rayo en la tormenta se alejó de la vista de Endor en cuestión de segundos.

La entrada a la ciudad de Dundin se asemejaba más a un cuento de niños que a la entrada de un reino en extremo poderoso.

Un muro de granito blanco de más de cuatro metros lo rodeaba. En la parte superior se hallaba un entramado tejido de púas de gran magnitud. Los objetos punzantes alcanzaban a distinguirse a lo lejos sobre la blanca pared. Una gran e inexpugnable puerta separaba a aquellos que no fueran bienvenidos a la ciudad. A poca distancia por delante de ella, a sólo diez metros, un enorme toro de plata se erigía imponente a la vez que un cartel por debajo rezaba la leyenda "Bienvenidos".

"Evidentemente, el toro es el emblema de por aquí" pensó Endor. La entrada era vigilada por dos Centauros, ambos tan o más impresionantes que aquel monumento.

Cuando se acercó, ambos lo miraron y cruzando sus espadas en forma de X le negaron el paso.

-¿Quién es aquel que desea entrar en Dundin, y cuál es el propósito que lo presenta?- Uno de los guardias lo inquisió con voz grave y profunda pero sin dirigirle la mirada.

-Mi nombre es Endor, hijo de Fendor, vengo desde Dunsahé, Saberrán. Pero ésta tarde vengo en pos de un asunto urgente enviado por el Viejo Azul, y porto un mensaje para su rey Trein.-Los guardias bajaron la mirada y lo observaron escruñiándolo con desgano. Finalmente hablaron.

-Nadie puede ver al Rey sin una notificación previa o una orden del mismo. No se te permitirá el paso Endor hijo de Fendor.- Le comunicó el mismo guardia.

-Es un asunto urgente. Quizás si le avisan en nombre de quién vengo, se interese y...-

-Si al rey le interesara su comunicado ya nos lo habría hecho saber, hijo de Fendor.- Ésta última frase a Endor le pareció pronunciado con gran

desprecio.

-Dudo mucho que el rey se interese por lo que aún no sabe, Brong.- Una voz se alzó por las espaldas de Endor. Era una voz que imponía respeto, grave y profunda, pero no menos femenina por eso. Le pareció ya haberla oído antes.

-Saina.- Murmuró Endor. -Alegría volver a verte.-La Centauro se le acercó, y haciendo un gesto corrió a los dos guardias del arco de entrada.

Lo miró con cierta desconfianza y con un gesto lo invitó a seguirla. Cruzaron la puerta de Dundin y allí la ciudad se abrió ante ellos. Era majestuosa a su manera. Casas de poca altura pero anchas como Endor no había visto jamás se observaban a ambos lados de las revueltas calles. "Más bien parecen establos que casas" pensó. Una estatua de un gran toro adornaba el centro de la ciudad y rutas empedradas salían hacia todas las direcciones de debajo del monumento. Por un momento tuvo la impresión de que aquella imagen sin vida giraba a medida que ellos iban caminando, siempre teniendo la cara enfrente de él. Al final, cuando habían tomado distancia de la puerta de entrada Saina habló.

-Hablaste de un asunto urgente y además mencionaste a Todos.- Dijo, con una voz ahoramás suave y baja.

-Si, si. ¿Lo conoces?- Inquirió Endor.

-Todos en la ciudad de Dundin lo conocen, aunque desde hacía tiempo no se lo mencionaba por estas calles.-Saina tomó aire y luego suspiró. Mantuvo la cabeza erguida mirando al frente como recordando alguna vieja historia. Endor no dejaba de sorprenderse. Nunca en su vida había visto más que Hombres o Elfos en alguna rara ocasión, pero jamás había visualizado un Centauro aunque sabía de memoria todas las historias que en base a ellos se contaban. Y ahora, en medio de tan grande ciudad llena de aquellos hombres-caballo el extraño era él. Las miradas de todo aquel que pasara al lado de Endor sólo eran desviadas por la mirada seria de Saina.

Finalmente llegaron a lo que parecía ser un establo a la orilla de algún pequeño río. En la entrada se encontraban dos guardias los cuales se abrieron paso ante la llegada de la Centáuride. Sobre la casa yacía la estatua de un toro de oro. "Vaya sorpresa" pensó Endor

-Espera aquí- Le ordenó la Centauro.

Atravesó una puerta y allí permaneció un largo rato.

Al cabo de unos minutos un Centauro salió desde adentro.

-Puedes pasar. El señor Trein te recibirá con gusto.- Le informó.

-Muchas gracias.- Dijo Endor.

Abrió las grandes puertas de la casa y ante él un ancho pero corto pasillo se extendió. La impresión de Endor fue más la de un puerto que la de algún tipo de palacio. El pasillo le abrió paso a unas escaleras que descendían hacia una plataforma de mármol con barandal de oro que chocaba directamente contra el vado del río.

Una pequeña imagen de un toro y algunos árboles genealógicos en las paredes eran toda la decoración que había.

Allí de pie se encontraba Saina, y a su lado otro Centauro lo miraba. La parte humana parecía ser la de un hombre entrado en los cincuenta años, pelo corto color ceniza, barba recortada del mismo color, de hombros anchos y abdomen prominente; su sola presencia exigía respeto. Mantuvo la mirada en sus ojos, sin observar sus pies tal y como Rain le había aconsejado.

-Mucho gusto Endor, hijo de Fendor. Soy Trein, hijo de Dundin, rey de Dundin. Saina me informó acerca de que traes noticias del Viejo Azul, ¿No es así?-

-En realidad, Señor...-Murmuró. -Ese fue el mensaje que el mismo Todos me aconsejó que dijera para solicitar una cita con usted. Mi asunto aquí es por un motivo diferente, pero no menos importante.-Lo miraron con desconfianza.

Allí les informó a ambos Centauros acerca de lo ocurrido. Habló de las ciudades, de aquella horrible criatura, de Todos, de las Montañas Ciegas y finalmente de aquello que había visto entre esos malditos muros a los pies de las Montañas.

-Suenan a una gran historia, señor Endor. Su perdón si desconfío de su relato pero dudo que un pueblo pueda subsistir en aquellas malditas regiones.-

-Si sí lo que desean es pasar desapercibidos, mi señor.- Interrumpió Saina. -Si en verdad Todos lo trajo hasta aquí ha informar de tales sucesos no me parecería prudente echar por tierra todo y olvidar el asunto.-Saina lo miró de manera desafiante mientras el rey volvía la mirada a Endor.

-Dices que excavaban, ¿No es así? - Habló Trein.- Pueden ser sólo un grupo en busca de algún material precioso en aquellas zonas montañosas.

Y lo que has visto...Bueno, todos saben las alucinaciones que aquellas montañas provocan. Tú mismo las has experimentado.- Esbozó una leve sonrisa burlona.

-Así es, Mi Señor Centauro, pero éste no era un solo grupo de mineros. No buscaban oro, la tierra era rápidamente desechada sin la más mínima observación. Cavaban demasiado, parecía que sólo les importara llegar más profundo, con demasiada avaricia y maldad, se podía sentir en el aire. Parecía cómo si...-Endor bajó la mirada y cerró forzosamente sus párpados como no queriendo oír lo que el mismo estaba por decir. Apretaba sus manos en forma de puño.o si... ¿Qué?- Trein se le acercó minuciosamente, interrogándolo.

Su vista se dirigió al rey Centauro.

-Cómo si buscaran algo...- Luego miró a Saina.

-O a alguien.-

Capítulo 4: Hanish el Mediano

Naigh cerró la puerta tras de sí. En los últimos tiempos había logrado hacerse más habitué de aquella taberna que de su propio hogar. Intentó mantener el equilibrio, pero su mal estado producido por el alcohol lo hizo tropezar y caer de narices contra el empedrado de la calle. Solo comprendió su situación al oír reír a unos niños que pasaban por allí cerca. Era tarde, y las risas resonaban por toda Herald, la capital de la gran edificación de Saberrán.

Era una ciudad con aspecto lúgubre por la noche y de suciedad por el día. Las casas y tabernas se sucedían unas a otras, chocando sus techos de paja a través de las empinadas calles del cerro. "No es el mejor lugar para una taberna, la pendiente de una calle", pensó. Camino en dirección Norte a su hogar, sosteniéndose de los faroles que alumbraban la pequeña capital. Poco antes de llegar, sintió como alguien lo seguía.

Aceleró el paso, de la manera que podía, intentando no perder el equilibrio por la ebriedad, pero ahora los pasos parecían también acelerarse. Volteó para vociferar en contra de su perseguidor, pero no logró visualizar a nadie.

-Si, corre, isi sabes lo que es bueno!- Exclamó.

Dispuso seguir su marcha, pero prontamente los pasos volvieron a aparecer a sus espaldas. Abrió los ojos grandes como dos faroles y giró repentinamente. Nuevamente, nadie parecía seguirlo. La transpiración empezó a escurrirle por los ondulados cabellos negros largo hasta los hombros. Aceleró el paso, empezando a gemir como si estuviera recitando

una oración o como si se hallara al borde del llanto. Una piedra se le atravesó en el camino y lo hizo tropezar, cayendo de cara al piso. Se dio vuelta, con pequeñas lágrimas en sus ojos, esperando encontrar su suerte. De repente pudo observarlo. Una figura negra, mas baja que una persona sin duda pero no por eso menos atemorizante se le acercaba lentamente. Parecía provocarlo, jadeando ante la excitación de obtener su presa. Sea lo que esa figura fuera, lo quería a él, y sólo a él. Se le acercó. Más.

Se encontraba ya a su lado, pudiendo incluso sentir su respiración.

Pero no tenía el valor para abrir los ojos. Había echado a llorar cuando lo sintió. Un tibio raspón pasó por su mejilla derecha.

-¡MARA!- Exclamó, en un suspiro casi ineludible e inentendible.

-Perra tonta, casi me matas del susto.- Se incorporó nuevamente (de manera costosa) y siguió camino a su morada, ahora ayudado por su mascota.

Abrió la puerta de su hogar y echándose en el sillón, quedó dormido entre los almohadones y la ropa apilada.

Un golpe en la puerta lo despertó. Abrió los ojos y observó por la ventana el cielo azul sólo opacado por una mancha de humedad sobre el vidrio.

Visualizó el sol que se encontraba en lo alto de él, y no lograba recordar como había llegado allí. El llamado se repitió a su entrada.

-Naigh abre, se que estas adentro.- Dijeron de afuera.

Sabía que la voz le era familiar pero no lograba descifrar a quien le pertenecía.

No respondió, esperando que el llamador se fuera y lo dejara volver a dormir.

-Naigh ábreme, no he viajado novecientos kilómetros. para que me dejes esperando afuera.- Esta vez la voz mostraba autoritarismo, acompañada con un extraño sentido del humor. e repente, las ideas se le aclararon. No quedaban dudas. Era él, había llegado. La resaca ocasionada por la bebida desapareció de un instante a otro.

-¡Hanish!- Exclamó. -¡Has venido!-Se incorporó de un salto, eludiendo algunas botellas de ron y se dirigió hacia la puerta.

Al abrirla, todas sus sospechas se confirmaron. Ante él se encontraba una persona, de avanzada edad, cabellos grises hasta los hombros, alto como

la puerta de entrada de su hogar, delgado y con barba de una semana.

-Viejo amigo, te eh echado de menos.- Le dijo. -Creí que te habías olvidado de mí.-

-¿Como olvidarme de ti, mi amigo?- Exclamo Hanish, señalando una cicatriz en su mano. -Solo que el tránsito era un locura.- Señalo la única carreta que circulaba por la calle, riendo de manera alegre.

-Pasa, pasa, te preparare algo.- Dijo Naigh.

-Gracias, cualquier cosa me vendría bien...Bueno, casi cualquier cosa.- Dijo, y haciendouna mueca señalo las botellas del piso.

-Ya se, ya se, prometo que lo dejaré.- Dijo Naigh.

-Y espero que cumplas.-

-Es una deuda que me comprometo a cumplir. Pero háblame de tus aventuras, estoy seguro que tendrás alguna historia interesante que compartir, ¿No es así? Tiempo ha pasado de la última vez que rondaste por estas calles.-

-Ha pasado tiempo, en efecto. He estado yendo y viniendo, pero contar al menos una de mis aventuras llevaría tiempo, y no es algo que podamos desperdiciar ahora pero me quedaré un tiempo a tu lado y tendrás tiempo de oírlas si no desesperas. Lo que realmente interesa ahora es el tema que hasta aquí me trajo. Y no sólo eso.- Dijo, mientras tomaba asiento.

-Lo conseguí. Eso que me pediste aquella última vez. Me ha costado, pues no son criaturas que le gustan las visitas sorpresas, pero me debían un favor, así que aquí cumplo mi deuda, amigo.-La cara de Naigh dibujo una sonrisa indisimulable. Puso agua a calentar mientras preparaba esa infusión echa de hoja cortadas y molidas, la cual se bebe ha través de una bombilla.

-¿E...e...En serio?- Tartamudeó. -¿Aquello que te pedí en tu última visita? ¿Conoceré a los Altos Elfos inmortales del Norte?- Inquirió, con la voz casi quebrada de la emoción.

-Así es, pero no te precipites amigo, pues solo será unos días, sabes como son con las sorpresas, indudablemente les gusta la rutina.- Hanish echó a reír de animadamente y con cierto estupor -Partiremos en la mañana, si es que me permites descansar sólo un día al menos. Saldremos mañana temprano, es un viaje largo, así que no nos conviene concentrarnos en eso. Cuéntame, ¿como han estado las cosas por aquí?-

-Bien, tu ausencia parece haber alejado a los malos visitantes.- Naigh le guiño un ojo. -Dime Hanish, ¿dónde has estado por última vez? Supe que irías con los Centauros del Sur.-

-Así es.- respondió el Mago.- Como a ti, les debía una visita. He estado con Trein su Rey, luego con la Guardiania del Paso. No querían dejarme ir, pero no podía retrasar más este viaje.-

-Has recorrido todas las Tierras del Norte antes de venir aquí. Espero que ningún ser despreciable venga a Saberrán ésta vez.-Hanish rió.

-Hablas como si aquella experiencia con los Huricos hubiera sido responsabilidad mía.-Dudó unos segundos, desviando su mirada hacia la pared frente a él.

- Bueno lo fue, pero ésta vez será diferente.-Ambos rieron de manera alegre.a tarde pasó rápidamente. La noticia del arribo de Hanish no era algo de menor importancia para la ciudad. Todos conocían a la historia y al ser que, en los inicios de los tiempos, había salvado al mundo de la destrucción, y no había hombre o mujer que no le guardara, cuanto menos, un respeto inmenso. Desde humildes campesinos hasta los más grandes terratenientes se habían acercado a saludarlo aquel día, por lo que fueron varias las ocasiones en que debían interrumpir su charla para atender a algún curioso que llamase a la puerta. En una de las tan variadas interrupciones, una voz majestuosa se alzó por encima de los demás ruidos de cascos de caballos y risas de niños.

Volvieron a llamar a la puerta de su hogar.

-Señor Naigh, hijo de Cofran, abra la puerta por favor. He aquí un mensajero del Rey Truendo, hijo de Orsell, el que lo solicita.-Naigh se acercó y le abrió la puerta, dubitativo. En el pórtico se erigía un hombre alto, casi tanto como Hanish, vestido con ropas de combate, en su mano izquierda un pergamino doblado, y su mano derecha sobre el puñal de su espada.

-En vista de la visita sin anuncio de Hanish el Mediano, el Rey lamenta no poder recibirlo como corresponde, pero es bienvenido el Mago y su acompañante a visitar el castillo real, si así es su deseo. El Señor estaría encantado de recibirlo.-Naigh intentó una sonrisa. Hanish levantó las cejas, como desentendiéndose de lo que su propia presencia representaba. Finalmente respondió.

-Veo que el Rey está al tanto de todo lo que sucede en su pueblo. Estoy viejo y cansado, pero Truendo es uno de mis más grandes amigos. Dile que iremos.-

-Será mejor que usted se lo diga, Señor Hanish.- Seguido esto, el portavoz les presentó dos caballos de la guardia personal del Rey. Ambos se miraron y luego asintieron.

Cerraron la puerta y se dispusieron a partir.

Naigh no estaba seguro que pensar. ¿Ir al castillo del Rey? ¿Él? Nunca se le habría ocurrido al menos. Sabía que para Hanish era moneda corriente visitar reinos y conocer los más grandes castillos de las Tierras del Norte, pero él no sabía como actuar. Miraba su ropa: una vieja camisa, manchada por el tiempo y la humedad, unos pantalones que ajustaban a la cintura con una cuerda vieja, y dos zapatos con la suela tan desgastada que le restaban más altura de la que le sumaban. Y con la resaca que cada tanto volvía a tocar su cabeza. Hanish, por el contrario, parecía tranquilo, con su sobretodo amarronado largo hasta las rodillas, y una sonrisa en su cara que crecía y parecía iluminarse más y más.

El portavoz, por el contrario, tenía la ropa de batalla de los Saberrines, el cuerpo de lucha de élite de Saberrán. Un chaleco de cuero marrón con el símbolo del reino en la espalda (un soldado combatiendo con una dragón), una malla de acero debajo de él, la espada colgándole del lado derecho de la cintura, un casco cubriéndole gran parte del rostro y la nariz, pantalones apretados de cuero marrón y botas de acero con terminación en punta. Pero lo más llamativo: Presentaba en el dorso de su mano derecha una quemadura con la forma de una serpiente. Nunca había comprendido el porque de ese estigma en cada uno de los Saberrines, pero tampoco se había animado a preguntar.

Cabalgaron despacio algunos minutos hasta que llegaron a destino. Allí pudo observar la magnificencia de aquel palacio. De al menos ciento veinte metros de altura y sesenta de ancho, con decoraciones en sus ventanas de oro, y en la salientes las estatuas de los grandes reyes de antaño y, en el medio, la de Hanish con su báculo.

Delante de ellos se herejían dos imponentes filas de robles, los que armaban un puente natural de mas de diez árboles de largo. Un camino natural marchaba bajo sus ramas, deésped tapizado con piedras a los lados, que terminaba de manera abrupta en una escalera de mármol blanco pulido, de cuatro escalones. Arriba el piso era de mármol negro acompañado por cinco pilares de concreto, delicadamente trabajado, que sostenían la galería principal. Tras esa leve introducción se levantaban dos enormes puertas de madera, contorneadas por un marco de oro, ambas de cuatro metros de altura y terminación en forma de punta. Entre ellas se encontraba de pie un hombre de mediana edad, de unos cuarenta años, panzón, de estatura promedio, pelo marrón corto y barba.

"Parece un oso de felpa" Pensó Naigh esbozando una leve sonrisa.

Hanish descendió del corcel y se acercó al hombre.

-Truendo, viejo amigo, cuanto ha pasado.- Exclamó el Mago dándole un gran abrazo.

-Que tonto, es el rey, menos mal que lo pensé y no lo dije.- Murmuró Naigh, dejando ver ahora si una sonrisa.

El portavoz tomó el caballo de Hanish y luego invitó a bajar a Naigh. Desapareció con los dos equinos en dirección hacia lo que Naigh suponía serían los establos reales. El rey saludó al Hombre, quién hizo una reverencia. Luego, los invitó a ambos a pasar dentro del palacio. Por dentro era tan o mas imponente que su parte externa. Largo hastadonde la vista alcanzaba, las murallas estaban cubiertas de piedras preciosas que molestaban a la vista. Grandes imágenes se extendían a lo largo, y estatuas de mármol y diversas piedras de hasta diez metros de altura. La galería en si, era imposible imaginar o calcular su altura. "Al menos treinta metros" pensó Naigh. Se sentaron en una mesa solo los tres, pero la comida parecía haber sido preparada para un ejército. Había todo loque la gente de Saberrán deseaba, desde cualquiera de las especies de animales hasta lasmás extravagantes ensaladas, pasando por grandes panes y bandejas de dulces. Naigh pensaba si los guardias, que se distribuían a lo largo de todo el interior, también comerían al observar la cantidad de comida abundante. Una voz lo hizo salir de su trance pensativo.

-Sírvete, puede comer lo que quieras, no seas tímido.- Le dijo Truendo.

-Si, gracias, Señor.- Respondió Naigh, visiblemente sorprendido aún.

Allí pasaron la tarde, entre historias de antaño y noticias actuales de lejanos lugares, tanto como no se hubiera imaginado jamás.

Afuera, la noche estaba llamando ya a la puerta, cuando decidieron partir. De pronto, en medio de la alegre despedida, un guardia a todo galope entro por el túnel de árboles de la entrada. Parecía agitado y nervioso.

-Señor, tengo noticias que llegan de Dundin. Estoy seguro que a Hanish le interesarán también, Señor.- Dijo jadeando Cipa, hijo de Soren, Capitán del ejército de Saberrán.

Capítulo 5: Concilio en las sombras

Las campanas de los puertos de Animaj resonaban ante la próxima llegada del barco.

Desde hacía tres milenios no había tanto movimiento en aquellas últimas latitudes del mundo septentrional. El aire era denso, helado como siempre, pero como nunca aquella tarde. La sola caricia de la brisa matutina parecía acariciar con la misma delicadeza de una jauría de perros hambrientos en el aire afilado. Había nerviosismo en el ambiente, ansiedad. Se notaba en cada movimiento. Ese día, hasta el agua parecía agitarse sin parar.

La lejana silueta de una sombra rozando el horizonte hizo sobresaltar al espectador que aguardaba desde hacia tanto allí de pie.

“Es ella, ya está aquí.” Pensó Abun-La, antiguo miembro de los Hasirim.

“Ha tardado demasiado si los conozco. No se destacan por la puntualidad los Elfos. Aún faltan varias horas para la hora pactada”.

El día se encontraba en su clímax mientras el contorno de febo continuaba aún sin lograr vislumbrarse entre tan densas capas de ansiedad, pero en esa jornada en especial una niebla espesa y mal oliente cubría el puerto de aquellas tierras. La espera se le hizo demasiado larga a aquel Mago, ya sin los ánimos de espera de épocas anteriores.

Pocas veces había aguardado algo con tantas ansias como aquel buque carguero que avanzaba tortuosamente lento sobre la fina capa de hielo que recubría el mar.

No era quién venía lo que esperaba, sino aquel mensaje que por casi tres milenios había esperado lo que daba real importancia al ser que allí dentro se hallaba, guardando tras desí el secreto que les había sido esquivo durante tanto tiempo y que ahora se veía tan cerca cómo las lejanas tierras de su hogar.

La niebla se dispersó de a poco, cediendo terreno ante el sol que ya emprendía su camino por el Oeste ante la aparición de las primeras estrellas nocturnas en la altura.

El puerto entero se tranquilizó en un mismo instante, y por un momento todos los que allí se encontraban permanecieron en silencio aguardando el secreto que entre capas de cabellos y seda se escondía, negándose aún a revelarse ante sus legítimos dueños. Los ruidos cesaron, y fue ahí que Abun-La escapó del trance en que se encontraba sumergido que lograba hipnotizarlo de manera cómo sólo él podía, y recordó que nadie más que su propia persona había visitado ese puerto al menos las últimas dos semanas en las que una muy recelosa guardia se montaba en espera de un mensaje que provenga de las mismas Tierras del Norte.

De pie, esperando de manera impaciente, o muy paciente, el Mago no lograba poder apartar la mirada del horizonte ni por un segundo, sin

lograr percibir al menos la helada brisa que azotaba sin piedad alguna su vieja y cansada piel arrugada y maltrecha por el lento paso de los años. Ya todo se encontraba en marcha. Aquel plan que por tantos años idoleó al fin parecía responderle con la misma fidelidad con la que una mascota escolta a su amo hasta su última morada antes de partir definitivamente. No había vuelta atrás posible, ni posibilidad de modificar nada en tan apretada situación. En ese barco estaba todo. Su victoria o su derrota se empezaría a escribir en cuanto sus puertas se abriesen, dejando paso a quien allí se trasladaba.

Finalmente su larga y ansiosa espera concluyó. El barco acalló en el puerto, y una larga escalera de madera llena de moho y hongos y tan sucia cómo nefasta y maloliente, se abrió ante la puerta lateral que empotraba de manera directa sobre la rambla de madera, enos pútrida que aquella del barco. Dos Orcos fueron los primeros en descender, ambos siendo completamente ignorados por aquel hechicero quién apenas si pudo reparar en ellos. Uno resbaló, lo que le terminó costando que lo arrojen al mar, ahogándose. Un alto precio por un simple error, pero que en aquella situación era claramente inadmisibile ante tal honor que empezaba a asomarse.

De repente, una figura esbelta, femenina, con rasgos de realeza y brillo de majestuosidad, de al menos 1,80 metros de altura envuelta en un vestido de blanca seda delicada como su rostro sin manchas ni arrugas con los pelos color oro que le llegaban ala cintura bailando al mismo ritmo que aquellos vientos y una sonrisa delicada, descendió sin mucho cuidado por aquella humedecida y maltrecha escalera de madera.

Con movimientos poco precavidos, siguiendo los mismos pasos que aquel nefasto Orco que ahora yacía sin vida y flotante a un lado de la barca, descendió por aquella rampa improvisada, pareciendo no percatarse de lo resbaloso de aquella superficie. Las orejas puntiagudas le sobresalían entre los cabellos al aire y una profunda mirada tan azul y majestuoso como los cielos mismos escapaba de entre sus flecos. Cuando la tuvo enfrente, Abun-La parecía no poder articular palabra alguna ante tal aire de grandeza de ella exhalado. Había oído sobre la belleza de los Altos Elfos, había oído sobre las mujeres de aquella sociedad, y también había oído sobre la primera impresión que con la misma facilidad con la que descendía parecían emanar de sus seres, pero no estaba prevenido para tal belleza.

Finalmente, aquella Dama rompió el silencio y dirigió su voz coro angelical hacia el estupefacto Mago, que no lograba aún entrar en razón alguna.

-¿Te han comido la lengua los ratones, mi Señor Mago? Parecías mucho más intérprido aquella última vez que hablamos.-La voz acompañaba de manera asombrosa aquel rostro delicado y esa bella sonrisa tallada por los mismos ángeles de Espal. Celestial pero imponente, lo miraba con

compasión, dejando ver tras de sí su dorada y reluciente aurora espiritual.

-N...no, Mi Señora Elfo.- Dijo el Mago, imposibilitado de decir frase alguna sin la interrupción repentina e inoportuna del tartamudeo.

-Me parece bien, mucho mejor ahora. Debo entender que tenemos asuntos del que hablar, por eso he venido hasta aquí hoy.-Abun-La estaba confundido. Había oído eso último, pero no había visto los suaves y delicados labios de la imponente Señora moverse en forma alguna. Dudó un momento ante tal sorpresa, pero controlando hasta el más mínimo de sus impulsos naturales logró articular una respuesta que la complaciera.

-Es cierto, Mi Señora, deberá perdonarme pues es que no estaba preparado aún para tan radiante belleza. He mandado a preparar un carruaje digno de usted con dos caballos y conductor, según sus designios.-

-Bien, porque no vine aquí a recibir halagos.- Dijo la Elfo, y su voz pareció perder ese tono tan dulce y angelical de hacía un momento, tornándose más terrenal y haciéndole perder aquella inexplicable admiración. Lo miró con la seriedad digna de los más complejos negociantes, y sus ojos denotaban una muy explícita excitación que parecía provenir de su misma alma, ahora mucho más terrenal que hacía instantes atrás.

Se dirigieron hacia la entrada del puerto. El aire húmedo y pestilente dibujaba una mirada de repugnancia en aquella Dama, quién no intentaba en absoluto el disimularla.

Allí, ubicado en las calles cubiertas de nieve, cubierta de una niebla que se negaba a desaparecer y parecía retornar con fuerza, un carruaje de estirpe Real se presentaba, aguardando la llegada de la imponente Señora.

Dos caballos se erguían por delante, relinchando impacientes por su partida. Flacos y sarnosos, uno blanco y uno negro eran dibujando un contraste contra el suelo, blanco de eve y negro de suciedad. Ambos equinos se sujetaban al carro por dos cinturones de cuero, los cuales concluían en las péstidas manos de lo que parecía ser un Hombre o un Elfo. De contextura más robusta, cara desproporcionada y poco cabello, no daba la impresión de ser más que un simple mutante mal hecho.

-Orcos.- Dijo con desprecio la Dama, perdiendo ahora si por completo su místico encanto de Elfo.

Se detuvo enfrente del carruaje, esperando que el pequeño Mago a su lado le abriera la puerta en claro gesto de caballerosidad. El conducto fue el encargado de abrirle el maltrecho carro, invitándola a subir dentro de él

a través de una de las puertas que en sus laterales se abrían.

Con ayuda de Abun-La, ascendió dentro del mismo de manera lenta y muy sofisticada.

A su lado, ingresando por el lado extremo de aquel vehículo el Mago se depositó a su lado.

Los caballos comenzaron a andar a un ritmo demasiado inconsistente. Más rápido por momentos, parecían perder cierta velocidad en pequeñas subidas. El camino era pedregoso y una capa de nieve lo cubría, aún así la marcha era a veloz marcha y ningún contratiempo parecía que se les presentaría.

-Es un honor tenerla aquí, Señora. Realmente los Hasirim esperábamos su llegada. Es una gran ayuda para la causa.- Dijo el Mago.

-No cuenten aún con mi ayuda.- Habló la Elfo. Su tono de voz bajo y tranquilo confundía a Abun-La. -Mi viaje hasta aquí es para asegurarme, mi querido Mago. No ayudaré a nadie ni diré nada, hasta que lo pactado sea cumplido.- Miró al Mago, extrayendo de uno de sus bolsillos una hoja de libro, amarillenta por los años, pero que aún contenía un escrito que se leía con suma facilidad.

Se la acercó al mago, quién la reconoció rápidamente.

-La hoja del Gointr. No sabía que la traía con usted.-

-Mi querido Mago.- Dijo, sonriendo y acariciándole la cabeza con ternura. - ¿Qué es un lobo feroz, si su amo no lo mantiene encadenado? Lo mordería sin motivo por el sólo hecho de probar otra carne que no sea de ganado.- Diciendo esto, volvió a esconder la hoja en su vestido.

El camino hacia la ciudad de Animaj fue largo e incómodo. Un silencio cubrió aquella carreta.

La mirada de la Elfo transmitía una nerviosa paciencia, y en sus ojos no se veía mal alguno. Abun-La la observaba con consistencia.

Finalmente la carreta se detuvo. El conducto descendió y abrió la puerta, haciendo a su vez una reverencia. El Mago bajó, ayudando a hacer lo propio a aquella dama de blanco.

Ésta, al pasar junto al Orco, le acaricio la cabeza, siempre con una sonrisa.

Frente a ellos se erigía una gran construcción: una mansión de dos pisos de alto y cincuenta metros de ancho, contaba en su frente con siete

ventanas en cada piso y en ambos casos la ventana del medio sobresalía por delante de las otras. Una gran reja negra con terminación de lanza les daba la bienvenida a un gran patio delantero. Una fuente, cubierta por la nieve, se levantaba delante de la puerta de entrada. Un hombre desnudo, alto y con pocos músculos pero bien marcados, miraba hacia el Oeste con expresión de odio, pero su cuerpo viraba hacia el Sur. Llevaba una espada en su mano izquierda que apoyaba contra el piso, y su mano derecha en forma de puño amenazante. La Elfo observó aquel monumento un momento.

-Parece que guardan un gran rencor contra la gente de las Tierras del Norte. Cualquiera pensaría que los hubieran expulsado de allí.- Dijo sin dirigirle la mirada al Mago.

-Usted bien conoce la historia, Mi Señora.- Abun-La no pudo ocultar el odio que aquella frase, a modo de burla, había mencionado la Dama. Tragó saliva, y la invitó a seguirlo. or aquí, por favor.- Dijo.

La Elfo sonrió triunfante y se encaminó por detrás del Mago. Subió las escaleras que la conducía a la puerta principal, y se adentró en aquella lúgubre propiedad. Paredes desnudas se presentaron ante ella, cuatro faroles colgaban del techo de madera, y el olorera nauseabundo. "Cómo todo por aquí", pensó.

En el medio de la sala se hallaba una mesa de concreto, y a su lado trece sillas se disponían. Observó que once de aquellas ya se encontraban ocupadas. Sonrió.

-Parece que el Concilio no podía esperar. Realmente me necesitan aquí.- Dijo la Dama.

-Cómo le dije, Mi Señora, su ayuda es de vital importancia para nuestra causa. Tiempo ha pasado de aquel encuentro, Dama. Si me permite, le recordaré los nombres...-La Elfo alzó la mano, haciendo callar al Mago. Luego se acercó a las sillas que se encontraban desocupadas, y uno por uno fue saludando a los Hasirim.

Empezó por su derecha, y a medida que los nombraba inclinaba la cabeza, saludándolos cortésmente, respuesta que era devuelta por aquellos que eran mencionados por la Dama.

-Surilf el Grande, Anish el Bajo, Halna el Oscuro, Sinsa la Dama, Trach el Joven, Cro el Sabio, Oneer la Bella, Rogg el Nuevo, Sabju el Negro, Bilo el Viejo, Abora el Próximo.-Abun-La la invitó a tomar asiento. Él hizo lo mismo.

-Tengo entendido, Señora, que trae consigo información que puede sernos

muy útil, ¿es así?- Preguntó Surilf.

-Le pido no se precipite, Surilf el Grande. Todo se sabrá a su tiempo.- Su mirada cambiódramáticamente, dejando la dulzura de lado, y ahora sus ojos relampagueaban mostrando la ambición que en ellos residía. -Poco tiempo permaneceré aquí, así que pido no me atrasen más de lo debido. Algo me fue prometido, si mal no recuerdo.-Diciendo esto, mostró la hoja del Gointr al Concilio. La guardó rápidamente.

-Cumplan su parte del trato, y luego yo hablaré.- Los miró, uno por uno, con una mirada amenazadora y súbita.

Surilf tomó la palabra.

-Sinsa, tráelo.- Ordenó, observando a la Elfo con suma desconfianza.

La Maga se levantó y salió de la habitación. Volvió unos minutos después, trayendo consigo un cofre. Se acercó a la Dama de Blanco, y de manera lenta se lo entregó.

La Elfo lo abrió lentamente. Sus ojos brillaban, y mostraban una excitación muy grande para esos seres tan tranquilos. Su boca, dibujando una sonrisa, dejó verle los dientes.

Una manó bajó la tapa de aquella caja de madera.

-Ya tienes lo tuyo. Ahora habla.- Ordenó Abun-La. La mirada de la Elfo se tornó llena de ira. Retiró la mano del mago de arriba del cofre, y lo puso bajo la protección de sus manos. Finalmente, alzó la mirada y comenzó a relatar lo que aquellos Magos, durante tanto tiempo, habían esperado oír.

-Al parecer, la niebla de las Nieves Eternas y el odio que los consume, les nubló la vista y el pensamiento. Las leyendas hablan, cuentan historias. No todas las historias son un mito, ni todos los mitos pasan a la historia. No basta con sólo interpretar las señales.

Hay que entenderlas, y entender a que se refieren. Cuando Ardhor fue creado, usó más fuerza que aquella que le fue otorgada por los caídos. Lo sé, yo estuve ahí, lo pude ver.

Ésa bestia es casi invencible por el hecho de haber obtenido fuerza de todos los seres vivos, y nadie puede enfrentarse a si mismo y a alguien más a la vez. Nunca triunfará.

Cuando Hanish lo envió a las profundidades del abismo, hizo más que sólo enterrarlo.

Lo encerró en una prisión, prisión que sólo se abrirá ante quién posea la llave. ¿Piensan que cavando en las profundidades lo encontrarán? Lo único que encontrarán es otra Unión en contra de ustedes. Necesitan abrir la puerta de aquella prisión. Necesitan una llave.-I Concilio la miraba. Parecían no entender a que se refería la Elfo, quién más temprano que darse dio cuenta de aquella situación, por lo que prosiguió.

-Quieren liberar a Ardhor, sabiendo que no lo podrán controlar. Allá ustedes. Les diré cómo, y luego regresaré a mis tierras. Y nunca más volveremos a hablar. Yo no los conozco, y ustedes tampoco a mi, ¿Comprenden acaso?-Todos los magos asintieron.

-¿Quién más para guardar la llave de una prisión, que el carcelero?-
Inquirió la Elfo.

-Hanish.- Murmuró Abun-La.

-Así es.- Asintió la Elfo. -Hanish. O casi Hanish. No es él la llave, pero lleva algo, algo que encerró a la bestia, aquello en que reside su poder, y que podría liberarla si así lo quisiera.-

-iSu Ibastia!- Exclamó Surilf.-

-Así es, mi querido Mago. Pero bien saben que las Ibatias de los Magos se vuelven piedra en manos de otro ser. Sólo hay dos formas de que logren su cometido. Una es que el mismo Hanish lo libere, lo cuál descarto por completo.-

-¿Y la otra?- Preguntó Bilo, visiblemente impaciente.

-La otra, mi viejo Mago, es más segura pero no por eso menos fácil. Si un amigo del preso quiere liberarlo, pero no encuentra la llave, ¿qué hace? Pues fuerza la cerradura, ¿No es así? Y si la cerradura cede, la puerta se abre.-El ambiente se colmó de una gran expectativa y nerviosismo. La Elfo sonreía.

-Deberán encontrar la llave, y luego decidir como abrir la celda. Hanish no cederá fácilmente, pero no lo necesitarán. Consigan el medallón del Mago, y llévenlo a aquel lugar que se encuentre en contacto directo con el fuego de los abismos, aquellos fuegos en que se encuentra encerrada la bestia. Su prisión.-Miró a todo el Concilio, cómo buscando a alguien en especial.

Por último, Surilf habló.

-El Gran Volcán.- Vociferó. La Elfo sonrió.

-Al fin lograron comprender. Deberán invocarla con la Ibastia en los fuegos del volcán, y así liberarán a la bestia. Pero no les aseguró que los

obedecerá ésta vez.-

-De eso nos ocuparemos nosotros.- Dijo sonriendo Abun-La.

-Bueno Señores, he cumplido mi palabra. Ya he de marcharme, debo volver antes que levante sospechas mi larga ausencia.- Dijo poniéndose de pie.

-¡Espera!- Gritó Surilf. La Elfo lo miró con cara de odio.

-¿Ahora qué?-

-Dijiste que Ardhor es casi invencible, ¿Correcto? Pues bien sabes que el poder de Hanish será destruido, ¿Por qué dices CASI? -La Dama de Blanco sonrió y volvió a tomar asiento.

-Mi querido Surilf, dudo que desconozcas a lo que me refiero. Sabes bien que un gran ejército sólo puede ser enfrentado por uno de iguales condiciones. Conoces las leyendas, grandes historias que hablan de aquellos seres que dominan fuerzas naturales. Sabes de lo que hablo. Cuatro criaturas, cuyo poder e inmortalidad los hacen invencibles, y residen en las profundidades del Mundo. Si los Guardianes de los Cuatro Elementos son despertados y sus cuatro componentes engranados, aquel medallón quedará fuera de tu alcance, destruido a causa de un poder tan grande como sabio y noble.-Nadie habló, pero el pensamiento era unánime.

-Bien sabes que aquellos seres no son reales, son sólo un cuento para niños, no existen tales cosas.- Dijo Surilf, fastidiado.

-¿Lo es, Surilf? ¿En realidad es sólo una historia? Recuerda: No todos los mitos son historias, ni todas las historias son mitos. Ya te lo había dicho-
n todo caso, ¿Quién podría despertar a aquellos seres, si es que existen? -
Contragolpeó Surilf.

-Cualquiera que sea capaz de responder a la Duda de la Esfinge. Aquella criatura guarda con recelo el secreto capaz de hacerlos volver, y quién lo logre tendrá los elementos a su favor. Y quién lo logre y consiga los cuatro elementos, tendrá a su disposición la destrucción de aquella piedra. Tendrás que ser ágil, o tu plan caerá antes de comenzar-

-Ya ha comenzado.- respondió el Mago.

La Elfo se levantó, y junto a ella lo hizo también Abun-La. Se despidió uno por uno de los miembros del concilio, en el mismo orden en que los había saludado. Salieron por la puerta delantera y la cerraron, volviendo a llenar

de oscuridad aquel salón.

El carruaje aún la esperaba afuera. Sabía que no tardarían, ya se lo habían informado.

“No te alejes, demoraremos sólo un momento”, habían sido las palabras textuales de Abun-La al conductor. Pero ésta vez, sólo la Elfo subió. No deseaba seguir viendo más a ese “despreciable mago”, como ella lo había calificado ya hacía tiempo. Y en realidad nunca más lo hubiera visto, de no ser por aquel cofre que traía en manos. Y el Mago tenía también sus propios asuntos que atender. Volvió al puerto, y el barco aún la esperaba. Subió allí, y enseguida partieron de regreso a las Tierras del Norte.

“Ya está hecho. Dentro de poco vendrá mi tiempo. Por lo pronto, deberé guardar esto donde nadie más lo vea, hasta que consiga lo que resta. Sería muy arriesgado si me descubren”, pensó.

La excitación por aquel pedazo de madera era muy grande, y la tentación de abrirlo se le hizo insoportable. Levantó la tapa. “Sólo un poco”, pensó. Volvió a ver en su interior.

La excitación se adueño de ella. Escurrió la mano dentro para tomarlo. Ya lo tenía ahí.

El buque dió una sacudida, producto de alguna gran ola. Volvió en sí.

“Contrólate, ¿qué haces?”. Se regañó a sí misma.

“Ahora regresaré a la ciudad élfica. Luego, el tiempo dirá” Abun-La regresó junto al concilio. Todos denotaban una sonrisa de impaciencia en su rostro.

-Comunícate con los Ch'ar.- Ordenó Surilf a Sinsa. -Diles que hemos comenzado. Que suelten a los buscadores. Quiero a Hanish, vivo o muerto. Necesitamos ese medallón.-Sinsa asintió, y se encaminó rumbo al salón de los Gointr.

-Ha, Sinsa.- La interrumpió Surilf. -Que sus fuerzas estén listas. Pronto comenzará la guerra.-

Capítulo 6: La decisión de Treinen

Saina, al parecer éste asunto te tiene bastante preocupada.- Trein la miraba de manera sarcástica y burlona, mas sin aires de grandeza, como dos viejos amigos que bromean entre sí. -Sí tanto te preocupan aquellas extrañas, mmhh, “edificaciones”- Dijo haciendo ademanes con la mano -Enviaré un grupo de exploradores a averiguar que tan de cierto hay en

aquello.-

-Sólo creo que sería mejor sersiorarnos, Señor. Una advertencia de Todos no debería tomarse a la ligera. Además tengo un mal presentimiento de lo que dice el joven Endor, y creo que rara vez me he equivocado cuando...-

-Cuando dejaste pasar a tres Hombres, solos, camino al Sur, de noche, con un pretexto increíble.- Interrumpió Trein. -Rara vez me habías decepcionado, Guardiania. Que no se repita.-

-No Señor.- Saina bajó la cabeza.

-Bien. Dígame, Señor Endor, ¿tiene usted donde alojarse? Los exploradores tardarán algunos días en llegar hasta los límites de las Montañas Ciegas, y otros tantos en regresar. Por la noticia que nos trajo y ser amigo del Viejo Azul, es más que bienvenido a permanecer en Dundin esos días de búsqueda.- Endor no sabía que responder.

-Verá, Señor Centauro, no era mi idea quedarme aquí, he de ser sincero. En lo posible...-Trein lo interrumpió.

-En lo posible, si los que usted nos relata es en realidad cierto, puede que un grave problema se nos esté presentando. De ser así, su palabra podría ser de gran valor en el pueblo de Surya.-

-¿Surya? ¿Iremos con los Altos Elfos del Norte?- Una chispa de ilusión se encendió en la mirada de Endor.

-Si, siempre que los exploradores nos digan que lo que usted afirma es la verdad.-

-Bueno, en ese caso...- Murmuró Endor.

-Te quedarás aquí, fin del asunto.- La voz de Saina irrumpió por toda la sala. -No tienes acompañantes y tu pueblo está a varios kilómetros aún. Un guardia te celará por estos días que permanezcas.-

-O Guardiania.- Interrumpió Trein. Saina lo miró como si lo que el Rey acababa de decir fuera un insulto. -Tú has cometido la desidia de dejarlos pasar, dejando de lado tus obligaciones y responsabilidades. Hazte cargo de lo que tú misma generaste, y redímete ante mí.- La voz del Centauro era grave y seria, y su mirada estaba clavada en la Guardiania.

Endor callaba, no acotaba nada. La idea de quedarse en ese lugar le desagradaba totalmente, pero parecía que no le sería fácil escapar de allí. Una breve sensación de alivio le recorrió el cuerpo cuando el Rey nombró

a Saina como su protectora, pero fue sólo cómo un oasis en el desierto.

El Rey miró a ambos y luego le ordenó a Saina que busque tres exploradores de la Guardia del Paso y los envíe hacia dónde Endor había dicho.

-Envíalos de inmediato, escoge a los tres más rápidos que tengas a disposición. El camino es largo, y no tengo tiempo que perder en estas zonzoncerías.- Diciendo esto, salió de allí por la ancha puerta de entrada.

Saina y Endor quedaron solos allí. La cara de aquella Centauro le ocasionaba a Endor un sentimiento de incomodidad. Sentía que la molestaba. Finalmente, suspirando y moviendo la cabeza, le dijo de mala gana y con una voz apagada:

-Bien hombrecillo, sígueme.- Ambos salieron de allí y se dirigieron hacia la entrada al Paso de Dundin, donde una celosa guardia de Centauros vociferaban y hablaban entre ellos. Eran los Trenos, el ejército encargado de custodiar el Paso, y del cuál Saina era la Comandante.

Al llegar, un silencio sepulcral se hizo presente en toda la guardia, el cual sólo era cortado por algún comentario burlesco y alguna risa en referencia a Endor. Saina lo notó rápidamente.

-Bien, necesito tres exploradores. Deben ir hasta la base de las Montañas Ciegas, un asunto le urge al Rey.-Nadie respondió. Dos Centauros hablaban entre ellos, echando mano a divertirse a costa de Endor. La mirada de Saina lo dijo todo.

-Trono, Petro, ¿Se creen muy graciosos? La llegada del Señor Endor puede haber traído información acerca de lo que ninguno de ustedes vio en sus recorridos por las planicies.

Irán ustedes, y Atros los acompañará. Deben ir rápido, síganle el paso si les parece tan gracioso.-

-¡Si Mi Señora!- Respondieron los Centauros en coro.

Rápidamente, y cómo si un mal los persiga muy de cerca los tres exploradores salieron en dirección Oeste, hacia las Montañas.

Endor se quedó sorprendido. Sabía de la actitud de Saina, pero esa última demostración de poder lo dejó sin palabras. La Centauro dio media vuelta y lo miró con la mirada aún desafiante.

-Sígueme, Endor hijo de Fendor. Te mostraré donde te alojarás.-

-Y ustedes.- Dijo volteando rápidamente hacia los Trenos.- Menos charla y más vigilancia. Nadie entra ni sale del Paso sin quedar registrado.-Se sintió un grito unánime.

-¡SI MI SEÑORA!-Volvió a la misma dirección de Endor y empezaron a caminar. Endor se preguntaba hacia dónde lo llevaría aquella mujer, pero no se atrevía a preguntarle. De hecho, no se atrevía a decir nada. Saina lo miró, y como retractándose de su mirada, le habló.

-Vivirás conmigo un tiempo, Endor. No hay lugares disponibles en Dundin, y aún si los hubiera dudo que te fueran ofrecidos. Eres libre de andar por donde quieras, tienes la ciudad a tu disposición. Sólo no intentes escaparte, en ese caso tendré que buscarte y matarte- Endor no sabía que decir, estaba petrificado.

La risa de Saina rompió el silencio.

-Vaya que eres inocente, Hijo de Fendor. No soy tan terminal, aunque si te escapas me meterás en problemas, y si yo estoy en problemas, tú estás en problemas.-Lo miró y le regaló una sonrisa.

-Vaya sentido del humor tienes, Señora. Debes ser toda una celebridad por aquí.- Dijo Endor, en forma sarcástica.

-Ay, que te puedo decir.- Dijo suspirando, y frenando en frente de una de las casas. – Aquí dormirás de ahora en más. No hay mucho que mostrarte, ni tengo el tiempo para hacerlo ahora. No podrás más que dormir, no solemos tener muchas comodidades en nuestros hogares. Puedes recorrer la ciudad como te dije, si soportas las miradas de los ciudadanos de Dundin. Aunque una vez que se acostumbren a ti, ni te notarán. No los culpes, eres el primer Hombre en casi cien años que viene por aquí.-Endor hizo un movimiento, cómo si no le importaran los comentarios de los demás.

Saina lo miro fijamente.

-Debo irme, aún estoy en mi turno.- Dijo. –Diviértete.-ndor tuvo la sensación de que esto último fue una burla, mas no le dio gran importancia.

“Bien, estoy en una ciudad de hombres-caballo, sin nada que hacer ni ningún conocido, salvo aquella a la que le usurpo la casa y el Rey, a quién dudo que pueda ver en éstos días” pensó Endor. Sus ojos se abrieron, y esbozó una sonrisa.

-Bueno, veamos que tenemos por aquí.- Dijo, y se dispuso a recorrer la

ciudad.

La ciudad de Dundin, hogar de los Centauros del Sur, era realmente imponente. Las calles se abrían por doquier, y se entrecruzaban en enmarañados cruces. Los distritos, bien delimitados, ocupan una basta extensión de tierra. Grandes estatuas de toros se erguían en cada plaza central de cada uno de los distritos. Saliendo de la zona fronteriza, aquella en la que Endor se encontraba y viviría aquellos días, la ciudad se abría en infinidad de variedades. Al Noroeste de allí, se encontraba el Distrito Alimenticio.

Grandes tiendas de las más diversas frutas y verduras allí se exponían, comidas de todo tipo y hasta masas inimaginables, eran ofertadas a todo aquel que pasara cerca de allí.

Siguiendo camino al Norte, el Distrito de Armerías se presentaba. Grandes y afiladas espadas, escudos de todo tipo, armaduras que iban desde plástico hasta los más fuerte metales. Pero la gran estrella de allí eran los arcos y flechas.

Era arto conocido que los Arqueros Centauros habían mejorado de manera asombrosa desde la guerra de La Unión, en gran parte ayudada por su cercanía con los Elfos.

Al Noreste se abría lo que parecía ser un Distrito para el Ocio. Bares, casas de apuestas, casinos, museos y hasta un hipódromo hacían su presentación.

Endor no dejaba de sorprenderse a medida que recorría aquellas extensas calles. Se internó en el Distrito de Ocio, pensaba pasar allí la mayor parte del día. No contaba con dinero, por lo que sólo caminaría. Sentía las miradas de todos los Centauros, realmente se sentía un bicho raro en aquella ciudad de hombres-caballo, y aunque no le resultaba decididamente molesto, no le era para nada agradable. Decidió volver a la casa de Saina, y esperar que ella volviera. Justo en ese momento, oyó como una voz lo llamaba.

Volteó y observó como un Centauro lo miraba. Éste le habló.

-Oye tú, Hombrecillo.- Dijo el Centauro.

-¿Me habla a mi?- Preguntó Endor.

-Así es. ¿Cómo te llamas? No es común ver Hombres por aquí.-

-Soy Endor, hijo de Fendor, Señor.-

-Un gusto el conocerte, hijo de Fendor.-Respondió el Centauro.- Cronto es mi nombre.

Te he observado, andas vagando sin rumbo aparente. ¿Te has perdido por aquí? Éstas calles son engañosas si no las conoces.-

-Se equivoca, Señor Cronto. -Respondió Endor.- Acabo de llegar a la ciudad, y sólo me interesaba conocerla. Sé bien como volver a la frontera, es por aquel camino.- Dijo señalando el Norte. Cronto rió.

-Tendrás que dar la vuelta al mundo si lo que quieres es llegar por ahí. Sería más corto si tomas aquel otro camino.- y dicho eso, le marcó el camino hacia la frontera.

Endor hizo un gesto de cansancio.

-Tienes razón, gracias. Es verdad, son calles que invitan a uno a perderse si no se está acostumbrado.-

-¿Y qué asunto trae a un Hombre por aquí? Hacia mucho no veíamos a los de tu especie.-

-Cien años, lo sé. Saina me lo ha hecho saber ya.-

-¿Así que conoces a la Guardiania del Paso de Dundin?- Exclamó Cronto, sonriendo.sí es, Mi Señor Centauro. Debo de decir que nuestros caminos se cruzaron hace algunos días, y por unos cuántos más me verá vagar por aquí sin dirección alguna.- Respondió Endor.

-En ese caso, si ninguna urgencia lo apremia, ¿Me honraría, dejándolo que lo invite a untrago?-Endor sonrió. Anhelaba desde hacía tiempo un trago.

-Si usted fuera tan amable, mas debo advertirle que no cuento con dinero alguno.-Cronto sonreía.

-Déjeme eso a mí.- Y diciendo esto, lo invitó a pasar a un bar. Dentro, el lugar distaba mucho de lo que Endor recordaba, era un bar. No había mesas, ni sillas. Sólo algunas tablas a considerada altura del suelo, y en ellas eran depositadas aquellos enormes jarrones de cerveza.

Ambos bebieron, y contaron historias de sus pueblos. Endor contó la historia de la separación de los Hombres, y Cronto la separación de su pueblo. Aunque Endor conocía la historia de principio a fin, fingió interés en aquel cordial Centauro que lo había invitado. Pronto otros Centauros se acercaban a la mesa de ambos, y se sumaban animosamente a la charla. Al final del atardecer, cerca de diez Centauros hablaban con él, y sus risas resonaban a cada extremo de aquel local. La tarde pasó rápido y la noche

se hizo presente.

Endor recordó que debía volver con Saina, o la conocería molesta, y esa idea no le simpatizaba en absoluto. Se despidió de todos, y agradeció a Cronto la invitación. Con el mismo ánimo fue despedido. Mas no todos los Centauros estaban felices con la llegada de Endor. Algunos aún lo miraban de reojo y su relación con Saina no les agradaba nada. Finalmente volvió al hogar de la Guardiana. Allí de pie en la puerta, la Centauro lo esperaba con cara de pocos amigos. Endor se disculpó y le relató lo sucedido. Saina miraba extrañada.

-Bueno, ¿quién lo diría? Centauros divirtiéndose CON un Hombre, y no DE un Hombre.- Dijo.

Abrió la puerta y lo invitó a pasar.

-Así es.- Respondió Endor. -Cronto fue muy gentil al invitarme.-

-Cronto- Suspiró Saina, como perpleja por el nombre. Tenía los ojos bien abiertos, y una expresión de tristeza en el alma.

-Si, si, Cronto. ¿Hice algo malo?-Saina lo miró de tal manera que a Endor le pareció ver ternura en sus ojos, cosa que nunca había pasado (ni pensaba que podría pasar).

-No, mi pequeño hombrecillo.- Respondió la Centauro, volviendo a verlo de la misma forma que siempre lo había hecho. -Sólo no te encariñes con nadie aquí, en pocos días los Exploradores volverán, y tendrás que partir, independientemente de lo que ellos vean.-Endor entró y, en efecto, como Saina le había dicho esa tarde, no contaban con muchas comodidades. Ante él se hallaba un gran salón, con una tabla colgando de la pared en forma horizontal que le hizo acordar a las del bar, una cama de paja y una despensa de alimentos, sólo una ventana y la puerta que comunicaba con el jardín trasero.

Cenaron liviano un mix de vegetales crudos y no emitieron sonido alguno. Luego ambos fueron a acostarse. La Guardiana durmió a un costado de aquella extraña mesa, mientras que Endor lo hizo en la cama de paja. Le costó mucho trabajo conciliar el sueño. El frío, los insectos y la incomodidad de aquella cama no le permitían relajarse.

Luchó por cerrar los ojos, esperando que la mañana se presentara rápidamente.

Finalmente se durmió. a mañana siguiente la suerte no le fue mejor. Cuando despertó, Saina ya se había marchado. No desayunó nada y salió a la ciudad a esperar que pase el tiempo. Buscó a Cronto por toda la

ciudad pero no lo halló por ningún lado.

Entro al bar y se acercó a la barra. Allí estaba el mismo cajero del día anterior. Decidió preguntarle.

-¿Puedo ayudarlo, pequeño gran Hombre?- Le preguntó.

-Si, me preguntaba si usted sabría donde puedo hallar a Cronto. Realmente me gustaría hallarlo.

-¡Cronto, ja!- Vociferó el dueño de la taberna. -Sería mejor que me preguntaras la ubicación del Santo Grial. Cronto es un aventurero, mi amigo, un espíritu libre, anda por aquí y por allá a sus anchas. Pero he oído que en los últimos tiempos se la pasa en el pueblo de Itinga, pasa realmente mucho tiempo con los Elfos.-

-Ya veo.- Dijo, algo decepcionado Endor. -Bien, gracias por su tiempo.-

-Oye, tú, ¿Un trago? La casa invita.- Insistió el barman.

-No gracias, es temprano y no me siento con ánimos de beber.- La marcha del único Centauro con el que tenía confianza lo desanimó. Ese día, a Endor le pareció que pasaba estrepitosamente lento. Y los días se sucedieron. Tres días habían pasado desde aquella primera tarde en la ciudad. La mañana era fresca, y la tierra húmeda era la única evidencia de la gran tormenta que el día anterior los había azotado.

Endor se encontraba de pie frente a la casa de Saina, bebiendo un tazón de leche que la misma Guardia le había ofrecido.

“Espero que sea leche de vaca. Aunque no veo ninguna granja por las cercanías”, pensó asqueado. Aún así, era mejor que nada. Y nada realmente. Los últimos días había adelgazado demasiado. Los Centauros tenían sólo una comida al día, y ésta era la cena.

Grandes cantidades de verduras y frutas crudas eran dispuestas cada noche en las mesas.

La carne era ocasional, sólo se consumía en ocasiones especiales, y en poca cantidad. Y las harinas eran caras, y de mal gusto. Eran seres vegetarianos mayormente, y aquella negra carne que se vendía sería de quién sabe que animal. Al igual que la leche.

Meditaba aún sobre el origen de su comida cuando vio gran movimiento en la entrada.

Salió de allí para averiguar que sucedía. En la entrada, firme, Saina miraba el lejano horizonte. Los demás Centauros de la guardia parecían

ansiosos. Pero Endor no veía nada. Se acercó a la Guardiana, quién permanecía inmóvil aún.

-¿Por qué tanto movimiento, Saina?- Pregunto Endor.

-Los Exploradores están regresando. Aunque sólo se divisa uno de ellos. Si mis ojos no me fallan, es Atros el único que viene hacia aquí.-Los ojos de los Centauros son mucho más sensibles que el ojo humano, llegan a ver hasta diez veces más lejos, casi la misma distancia que los Elfos. Endor lo sabía bien.

-¿Es el más rápido de los tres, no es así? Los otros han de haberse quedado relegados, estodo.- Sugirió Endor.

-No, no es eso. Atros es rápido, pero mis hombres tienen la orden de ir siempre en compañía. Algo debió ocurrir.-Dos Centauros salieron rápidamente al encuentro del Explorador. Unos momentos después regresaron trayendo a Atros. Estaba malherido, y sangraba por diversos lados.

Tenía una herida de espada en el pecho, y una flecha negra se le había incrustado en su pata izquierda trasera.

Saina lo miró con estupor. No lograba articular palabra alguna. El Explorador parecía esforzarse por respirar.

La Guardia dirigió la mirada, temerosa y horrorizada, hacía Endor, como si las dudas sobre lo que el Hombre había dicho se le confirmaran. Rápidamente reaccionó, señalando a un Centauro de la guardia.- Llama al Rey, dile que es urgente que venga.- El Centauro asintió, y salió en dirección a la Casa Real.

Saina tomó a Atros, levantándole el rostro, y lo miró con compasión. El explorador seguía jadeando.

-Atros, viejo amigo, ¿Qué ha ocurrido?- Preguntó.

-Una...una...una emboscada.- Atros se retorció de dolor, y sus patas delanteras se debilitaron por un momento, haciéndolo agacharse.

En seguida Trein apareció, y por detrás venía Ruof.

-Saina, ¿Qué significa esto? ¿Qué ha ocurrido?- Exclamó con voz grave e imponente.

-Una emboscada, Señor.- Respondió la Guardiana.

-¿Una emboscada? ¿Quién fue?- Preguntó furioso el Rey, mirando primero a Saina, luego a Endor, y por último al explorador.

-Aún no lo se, Señor.- Respondió Saina, visiblemente molesta por el interrogatorio, ayudando a poner de pie al malherido Centauro. -Es lo que estoy tratando de averiguar, por si no lo notó.- Dijo, y una mirada fulminante se dirigió al mandamás.

Atros volvió a hablar.

-Llegábamos a las Montañas ciegas, en el Fondo del Mundo.- Parecía esforzarse demasiado en cada palabra. -Deformes, Hombres grandes, Trolls, algunos de los nuestros. Era cientos, Mi Señora, y nos vieron. Intentamos huir, pero eran muchos, y muy rápidos, incluso mucho más que yo. Nos atraparon, nos llevaron hasta el Fondo delMundo, no sé que le sucedió a Trono y Petro. No los volví a ver. Querían que hable. Me preguntaban sobre Hanish. Me lastimaban. Se divertían lastimándome. Me liberaron.

Dijeron que era un mensaje. Qué no fuéramos por allí. Qué los molestábamos. Cuando me fui, empezaron a disparar flechas, muchas fle...- Antes de terminar de hablar, Atros cayó de bruces al piso. Dos Centauros lo levantaron, pero no respondía. Rápidamente lollevaron a ser atendido.

-¿El Fondo del mundo? Debe ser un error, nadie vive allí.- Exclamó Trein.

-Señor, no puede ignorar esa advertencia. Es lo que el Señor Endor dijo, en la base de las Montañas Ciegas, no debemos ni podemos hacer oído sordos a tales amenaza.-Saina esta furiosa. -Perdí a dos guardias y estoy a punto de perder a un tercero, ¿Qué espera para actuar? ¿Qué la carnicería aumente?-

-No arriesgaré a más soldados por un grupo de forajidos errantes, Guardianas. Caso cerrado.- Trein estaba vistosamente fastidiado.

-Con todo respeto, Rey Centauro, -Irrumpió Endor- considero que Saina tiene razón.

Debe tomar medidas urgentes, dudo que alguien aparte de usted tenga conocimiento de tales amenazas. Puede tener el destino de todos en sus manos, actúe con prudencia.-Trein y Saina lo miraban fijamente. La mirada de Saina reflejaba la molestia de un halago innecesario. Trein rompió el silencio.

-No sabía que tú, forastero, eras quién tomaba las decisiones en Dundin. Se agradece su ayuda, pero ya no es bienvenido a quedarse. ¡Vuelva a su tierra, y manténgase allí! Y usted, Guardianas,- dijo mirando a Saina.-

Vuelva a su puesto y cumpla su deber.- Trein volteó y se marchó, dándoles la espalda a ambos.

Saina y Endor lo miraban con recelo, indignados por la reacción del Rey.

-Bien Hombrecillo, al parecer aquí concluye tu aventura.- La voz de Saina delataba cansancio y decepción.

-¿No harás nada al respecto? Viste lo que ha pasado, ¿Dejarás que esto continúe?- A Endor le temblaba la voz a causa del orgullo.

-Lo siento, no es mi decisión. Recoge tus cosas, y vuelve a tus tierras. No hay nada para ti aquí.- Saina se marchó en dirección al puesto de guardia del Paso. a decepción de Endor era evidente. Sentía que algo estaba pasando en aquellas lúgubres Montañas, pero nadie actuaría y el nada podía hacer.

Recogió las pocas prendas que guardaba en la casa de la Centauro y se encaminó hacia la puerta con la cabeza entre los hombros.

Salió de aquel pueblo saludando a los guardias.

Camino durante algunos minutos, viendo el horizonte y maldiciéndose por haber organizado aquella excursión. Sumergido en sus pensamientos, no sintió los ruidos de cascos de caballo que se acercaban. Sólo se percató de aquello cuando ya los tenía encima. Una mano lo alzó del cuello de la camisa, y sintió como lo tiraban hacia arriba.

De repente se vio allí, arriba de un caballo, viendo a la espalda a aquella mujer. O aquel Centauro. Aquella Centauro.

-¡Saina!- Gritó alegremente. A su lado otro Centauro cabalgaba a toda velocidad. – ¡Hasvuelto!-

-¡Fergro, sigue camino hacia Herald!- Gritó Saina al otro Centauro, como no escuchando lo que Endor le decía. -¡Informa las novedades, Hanish está de visita en la ciudad. Luego dirígete hacia Surya! ¡Ten cuidado con los Prados, y se cauteloso en Gortrand!-

-¡Sí Mi Señora!- Gritó Fergro, y se desvió camino al Noroeste, camino a Saberrán.

Saina continuaba camino al Norte.

-¿Qué sucedió? ¿Trein cambó de parecer?- Indagó Endor.

-Sólo digamos, que tomé mi propia decisión.- Respondió ella.

Endor no comprendía aún lo que pasaba.

-¿Adónde me llevas? ¿No iremos a Dunsahé, como el Rey ordenó?-

-Nada de eso.-Contestó Saina. -Iremos al Norte, a la ciudad de Surya. Allí hablarás de lo ocurrido ante los Grandes Sabios. Sabrán que hacer.-

-¿Iremos con los Elfos?-

-Así es. El viaje es largo y peligroso, no seremos bienvenidos en Gortrand. Así que será mejor que no te desgastes demasiado. Tengo la sensación que nuestro viaje recién comienza.- Mientras tanto, en Dundin, Trein era informado de la desaparición de Saina.

-Ella y Fergro, Mi Señor. Salieron en dirección al Norte. No dijeron nada, no pudimos detenerlos.- Brong, uno de los guardianes de la puerta, hablaba ante el Rey Centauro.-Siasí lo ordena, saldremos en su búsqueda, mi Señor.-Trein mostraba una mirada llena de ira y frustración.

-¡No!- Gritó de pronto.- Ha decidido marcharse por sus propios medios, nadie la ha obligado. Abandonó sus responsabilidades. Desde éste momento queda desterrada del pueblo de Dundin, hogar de los Centauros del Sur. Si se atreve a regresar, infórmame de inmediato, ¿Has comprendido?-

-Si, Mi Señor- Respondió Brong. Haciendo una reverencia, se alejó de la vista del Rey, volviendo a su puesto en la entrada de Dundin.

-Me has fallado por última vez, Saina. Espero no volver a verte.- Luego reflexionó.

-Aunque quizás halla sido lo mejor.-

Capítulo 7: Camino a Los Prados

El tono del aquel mensajero era grave. No sólo por el mensaje que esperaba transmitir, sino por el pedir la presencia de Hanish, además de la del Rey. Ambos estaban realmente preocupados, y no tardaron en asentir.

No era normal que un miembro de las altas esferas del reino, como lo era Cipa, transmitieran mensajes ellos mismos, sin recurrir a un mensajero.

-Y lo mejor sería, Mi Rey, que se los comunicara dentro del palacio. Por

seguridad, Señor.- Exclamó Cipa, a quien se lo notaba fatigado.

Miró a Naigh con desconfianza, invitándolo a irse de allí tan sólo con la mirada. Naigh dio cuenta de aquel mensaje oculto.

-Bueno.- Exclamó.-Será mejor que vuelva a mi hogar. Espero verlo más tarde, Hanish.-

-Nada de eso- Respondió el Mago. -Eres parte de éste cónclave, tu también entrarás.-Las palabras de Hanish parecían ir incluso en contra del pensamiento del Rey.

Finalmente, Truendo habló.

-Entonces, que así sea.- Dijo. -Si es la voluntad de Hanish, entonces tú también vendrás.-El soldado asintió, obedeciendo las órdenes del Rey.

-Bueno vamos, parece que traes prisa.- Dijo Hanish. -Veamos que nos tienes que informar.-

-Un momento. Aún falta llegar alguien.- Murmuró Cipa.

-¿Alguien más? ¿De quién se trata Cipa, y que importancia le precede, haciendo esperar al Rey?- Exclamó Truendo.

A lo lejos, una sombra galopante se empezaba a vislumbrar.

-Fergro, Mi Señor. Jefe del Consejo de Dundin. Es él quién trajo las funestas noticias.-Los cuatro observaron el horizonte a medida que aquel Centauro se aproximaba a las puertas del castillo.

Llegó galopante, y su rostro evidenciaba una fatiga producto de un gran esfuerzo. Aún se esforzaba en respirar, cuando hizo una reverencia al Rey y al Mago.

-Bienvenido eres Fergro, Jefe del Concejo de Dundin. Entiendo que eres portador de noticias.- El Rey le dio la bienvenida, invitándolo a pasar dentro.

Los cinco se adentraron de nuevo dentro de aquel palacio. La comida aún estaba servidasobre la mesa. El Rey se ubicó en su trono.

-Fergro, Cipa, hablen ahora. ¿Qué mensajes trae Dundin?- Preguntó.

Fergro tomó la palabra y le narró al Rey todo lo sucedido.

-Mi Señor, un hombre procedente de Dunsahé llegó hace algunos días a

nuestras tierras.

Traía consigo un mensaje plagado de miedo y terror. Informaba sobre unos pueblos que crecían a las orillas de las Montañas Ciegas. Decía que horribles criaturas las habitaban.

Trolls, Minotauros, Centauros, Orcos, Mi Señor. Se decidió enviar un grupo de tres exploradores a averiguar que de cierto había en esas leyendas. Sólo uno regreso, malherido. Confirmaba todo aquello que el humano había dicho, pero no sólo eso. Los atacaron, mataron a los otros dos y torturaron a éste. Parecían estar buscando algo en aquellos pueblos. Algo en las profundidades de la tierra.- Miró a Hanish tras ésta última frase. El Mago lo escuchaba sin hacer el más ligero movimiento.

-Eso es absurdo. Ningún pueblo sobreviviría en aquellos lugares.- Dijo Truendo.ada es absurdo, Mi Señor. Ningún pueblo de bien, quizás. Pero éste mundo se rige de muchas fuerzas, y no a todas les molesta la putrefacción.- Respondió el Mago.

-Te comprendo, Hanish, pero ¿qué esperas que haga? ¿Enviar una legión de hombres a exterminar aquellos pueblos?-

-Necesitará más que una legión, Mi Señor.- Interrumpió Fergro. -Tienen ejércitos numerosos al parecer. Y bien preparados.-La cara del Rey se tornó molesta.

-¿Me estás diciendo que un ejército, proveniente de quién sabe dónde, se instaló en nuestras cercanías, sin que nadie lo haya observado antes?-

Truendo soltó una risa burlona.

-Pudo si tenía las armas necesarias.- Acotó el Mago. -Me temo que creo saber a que te refieres, amigo Centauro.- Los demás lo miraron sorprendidos y expectantes.

-Un hechizo de ocultamiento de seguro. Por lo que dices, podría ser magia negra lo que nos acecha.-

-¿Magia negra?- Dijo Naigh. Los demás lo miraron.

-Si, mi viejo amigo. Hace tiempo lo he notado. El aire cambió, los vientos son diferentes. Hay algo maligno que proviene de algún lado, y mi corazón no descansa desde entonces. Me temo que han vuelto.-

-¿Han vuelto? ¿Quiénes?- Preguntó el Rey.

-Los Hasirim, Mi Señor. Y están buscando aquello que les fue arrebatado.-

Fergro asintió.

-Eso es imposible. Fueron desterrados hace milenios, mucho tiempo pasó sin que nada de ellos se sepa.-

-Y mucho tiempo tuvieron para trabajar en las sombras, Truendo. No subestimes el poder de alguien cuyo corazón se encuentra plagado de rencor y odio.-El Rey calló un momento antes de continuar.

-Si aquello es cierto, dime... ¿Cuál es el fin de tu informe? ¿Qué órdenes manda Trein?-

-Ninguna. Dundin no responderá, Trein descartó el asunto.- El silencio se hizo presente en aquel palacio. -En estos momentos Saina se dirige con el mensajero hacia Surya, espera encontrarse con el concilio de Grandes Sabios.- El nombre de Saina conmocionó a todos en aquella reunión.

-¿Saina? ¿Debo entender que desobedeció la orden de Trein?-Fergro asintió a la pregunta de Cipa.

-Dijo tener un mal presentimiento de la situación. Si ella se encuentra preocupada por tal asunto, entonces todos debemos estarlo. Por esa razón me pidió venir aquí hoy.- Añadió.

-Dijo que se encontraría con los Grandes Sabios. ¿Qué intenciones tiene en tu visita laGuardiana del Paso?- Preguntó Hanish.

-Solicita que usted también se haga presente, Señor Hanish. Dijo que su presencia sería de gran ayuda allí. Creo que en su mente también ronda la sombra de los Hasirim.-Un gran silencio inundó la sala. Hanish rió.

-Bueno mi amigo Naigh, parece que conocerás a los Elfos ante de lo previsto.-Naigh rió, sorprendido y emocionado a la vez.

El guardia Centauro se acercó a la oreja del Mago, y allí le preguntó:

-¿Cree que es prudente, Señor, poner en riesgo a un Hombre indefenso?- Aquella pregunta resumía las dudas de todos los presentes, incluso del mismo Hombre.

-Oh si. - Afirmó el Mago. -Tengo el presentimiento de que nos será de gran ayuda.

Espero que me comprenda.-

-Si usted lo dice, Señor Mediano, entonces lo mejor será que venga.-l

Centauro tomo distancia de Hanish, y volvió a hablar para todos.

-Partiré en éste mismo momento rumbo a Surya, órdenes de Saina. Espero verlos a todos allí. Con su permiso.- Fergro hizo una reverencia, y salió afuera. Rápidamente emprendió camino hacia Surya.

Habían pasado casi veinticuatro horas desde que se separó de Saina por lo que debía viajar rápido y sin demoras.

Dentro del palacio, los cuatro que quedaban debatían quién iría.

-No me parece prudente enviar un gran grupo de soldados hacia el Norte. No queremos levantar sospechas.- Expresó Truendo.

-Éstas en lo correcto, Mi Señor. Además nos dirigimos a un Concilio, no hacia una batalla. Pero no puedo decir lo mismo de aquí. Lo mejor será que las fuerzas estén listas por cualquier eventualidad. No conocemos aún los planes del enemigo.-

-Es cierto. Hanish, tu presencia fue solicitada allí. Lleva a tu amigo si quieres, no es asunto mío ése. Cipa, tú los acompañarás. Marlo quedará a cargo de las fuerzas de momento.- Ordenó Truendo. -Vayan a los establos, pidan tres a los Guardias tres de los Orsels. El tiempo parece apremiar, y no encontrarán caballos más veloces en la Zona Oeste a no ser que monten un Centauro.- Realmente el Rey hablaba con verdad. Desde hacía tiempo, los Saberrines eran conocidos por dos cosas: su brutalidad y sus veloces corceles. Pocos caballos en las Tierras del Norte eran más rápidos que aquellos bajo el dominio del Rey Truendo. Y montarlos era una oportunidad que pocos aquellos que no pertenecieran a la Corona tenían. Ni siquiera el mismo Cipa, Jefe del ejército y hombre de plena confianza de Truendo, había tenido la oportunidad antes. "Y dudo que se repita" pensaba por dentro.

Por éste motivo, el asombro de los tres fue bastante grande. Si el Rey ponía mano a aquellos caballos, es porque realmente le preocupaba el asunto. Sólo Hanish había tenido la oportunidad antes. Ningún otro Hombre vivo en Saberrán, fuera de la Corona, lo había logrado de momento.

Obedeciendo, y haciendo una reverencia, los tres salieron de aquel palacio, dejando sólo allí a Truendo, quién se encontraba pensativo y asustado.

Hanish tomó la palabra una vez que salieron.

-Cipa, tu y Naigh encárguense de los Orsels. No tengo tiempo que perder. Espérenme en un cuarto de hora en la entrada al pueblo. Hay un asunto que debo atender previamente.- Lo miraron extrañados, pero rápidamente

asintieron. Hanish salió rápidamente caminando en dirección al centro de la ciudad. Los dos Hombres se encaminaron hacia los establos.

-Dime amigo, ¿tienes experiencia en batalla? ¿Arcos, espadas?- Le preguntó Cipa a Naigh.

-No señor, y espero que no sea necesaria tenerla en éste viaje.- Respondió

-Lo mismo digo, pero no podemos fiarnos. Al parecer, todos se encuentran preocupados por este asunto. Lo mejor sería que estés preparado. Sígueme, haremos una escala previa a los establos.-Naigh caminaba detrás de Cipa. No sabía hacia que lugar lo llevaría. Pronto vio que se perfilaban hacia la armería.

Entraron ambos, y Cipa comenzó a dar órdenes.

-Necesitaremos dos espadas, dos cotas de acero, cascos, carcaj, dos arcos y flechas.- El hombre en el mostrador salió de prisa en busca de aquellas cosas que le habían ordenado.

-Estarás bien equipado, Naigh. Igual Hanish. Mas eso no te salvará la vida por si sólo.

Debes estar listo para desenvainar en cualquier momento.-I encargado de la armería depósito sobre el mostrador aquello que Cipa le había pedido.

-Toma.- Le dijo a Naigh. -Equípate. Iré en búsqueda de los corceles. Espérame en la puerta al terminar.-Naigh intentaba equiparse, pero le costaba colocarse la malla. El armero reía.

-Mi buen amigo. -Dijo. -Si no puede colocarse aquella cota, lo mejor sería que no intente nada en caso de una batalla, o se herirá a si mismo.-

-Si, y podría terminar con la cara cómo usted, ¿No?- Respondió Naigh, finalmente colocándose la protección.

El armero dejó de reírse.

-Es usted rápido para las respuestas sarcásticas. Espero que sea igual en batalla.

Dígame, ¿para que el equipo?- Indagó.

-Eso Cipa lo dirá-Recogió todo el equipo que sería de Hanish y salió afuera, cómo Cipa le había ordenado.

Detrás, la puerta se abrió. El armero salió tras sus pasos, y traía consigo algo en la mano.

-Tome. – Dijo entregándole una placa de acero de treinta centímetros de diámetro, con dos ganchos pequeños en la parte posterior. –Engánchelo en la malla, sobre su corazón.

Puede llegar a servirle. Considérelo un regalo de mi parte por su sentido del humor.- Una sonrisa contagiosa de oreja a oreja se le hizo presente. Naigh no pudo disimular la risa.

-Muchas gracias, espero no se haya tomado enserio lo de su rostro.-

-Nada de eso, me agradan las personas con sentido del humor.- El grito de Cipa rompió la conversación.

-Naigh, vamos, debemos irnos.- Gritó desde arriba de un caballo. Junto a él, dos hermosos corceles lo acompañaban.

Naigh y el armero quedaron abismados por esos equinos. Daban la impresión de ser los corceles de los mismísimos dioses.

De pelaje marrón el que transportaba a Cipa, uno negro y otro blanco lo acompañaban.

Los tres caballos tenían similares características: altos, de músculos sobresalientes, imponentes y sin un pelo de otro color diferente al resto. Cipa los miró y luego rió.

-Veo que los han impresionado. No es para menos.-

-¿Son éstas maravilladas, los llamados Orsels, Señor?- Preguntó el armero.

-Así es, Aniro.- Respondió el Jefe del Ejército. Naigh continuaba impactado.

-Vamos Naigh, debemos marcharnos. Hanish nos estará esperando ya, no lo hagamos esperar. Aniro, ten preparado todo el equipo disponible y ponlo a disposición de Marlo.

Puede llegar a necesitarlo. Quedará a cargo en mi ausencia. Obedece sus órdenes-

-Si Señor.- Respondió el armero. Ayudó a Naigh a cargar el equipo en el caballo negro, y luego éste subió arriba. El blanco quedaría a disposición

del Mago.

Partieron de allí, alejándose de la armería, donde Aniro los había despedido con aquella particular sonrisa en su cara.

-Orsufel se llama el tuyo. Éste es Hansou, y el de Hanish se llama Orsih.-
Dijo Cipa, enseñándole a Naigh el nombre de los tres caballos.

-Vaya nombres- Respondió. -Cómo para memorizarlos junto con su color.-

-Ya te acostumbrarás.- Exclamó Cipa.-Una vez que sientas la velocidad de éstas bestias, créeme, no te olvidarás su nombre jamás.- Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Ambos rieron.

Se encaminaron a través de Herald. Atravesaron la ciudad a paso lento. Aún no se había cumplido el plazo que Hanish les había dado. Has desenvainado una espada alguna vez?-

-No, nunca tuve la necesidad.- Respondió Naigh.

Llegaron a la puerta de entrada. Hanish aún no había llegado.

Cipa bajó de su corcel.

-Ven, baja.- Le ordenó a Naigh. Éste obedeció.

Cipa lo miró, y en un movimiento brusco y repentino desenvaino su arma y la colocó contra el pecho de Naigh quién no atinó ni una mínima reacción. El Jefe del ejército rió.

Unos transeúntes que pasaban por allí observaban la escena.

-Bien, desenvaina tan rápido cómo puedas.- dijo, retirándole el arma de encima.-Quiero ver tus movimientos. Ése movimiento puede ser la diferencia entre la vida y la muerte.-Naigh colocó su mano en el mango de la espada. Titubeó un momento, y luego tiró de él.

Un grito se escuchó y la gente que allí se había agolpado comenzó a reír. Cipa también lo hizo.

-¡Ay!-Gritó Naigh.

-Bueno mi amigo, considera ésa como tu primer herida en batalla.-El dedo

índice izquierdo de Naigh sangraba.

-La próxima vez, aleja tu mano no dominante de la cima de la vaina. Por lo demás, lo has hecho bien.-A la distancia, la imagen de un anciano caminando apresuradamente se acercaba.

Parecía cargar algo.

-Sube a tu corcel. Hanish casi está aquí.-Naigh se limpiaba la herida aún cuando el Mago llegó. Parecía apremiado por el tiempo y cargaba consigo un cuaderno envuelto en una tapa de cuero marrón.

-Es hora de irnos, debemos ponernos en marcha de inmediato.- La voz de Hanish parecía seria y preocupada.

-Estoy de acuerdo. Toma, un pequeño viejo amigo irá contigo.-

-Orsih- Murmuró Hanish, acariciando el caballo. Su mirada mostraba melancolía, y el caballo parecía responder a aquella caricia. -Mi compañero